

PUNTO ROJO

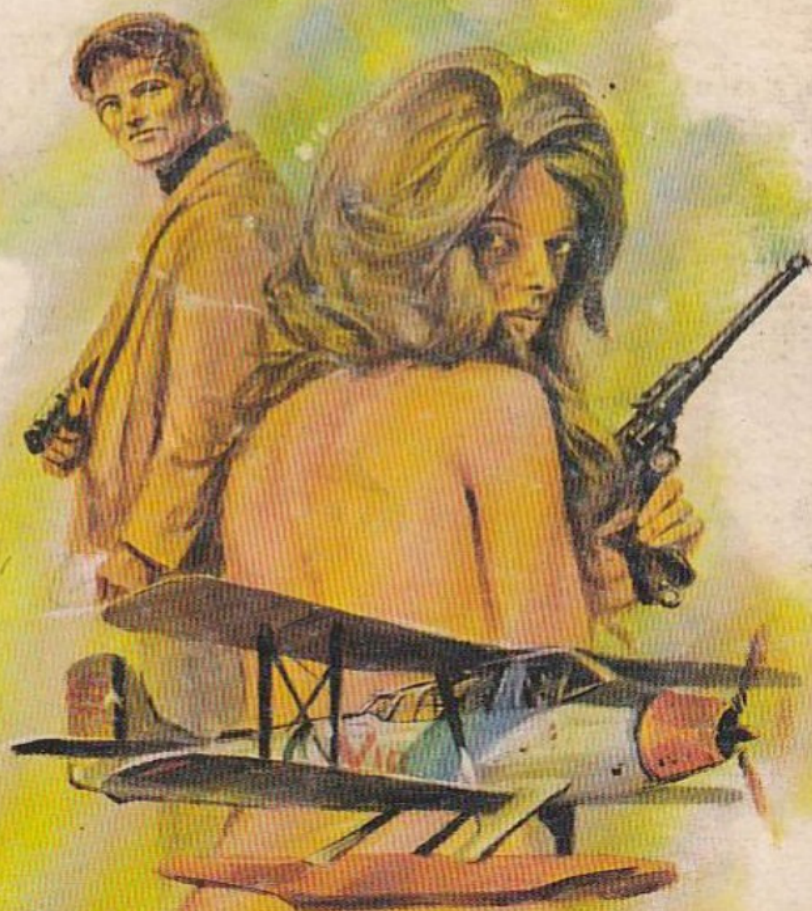
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

MIRADA MORTAL

Clark Carrados



PUNTO ROJO

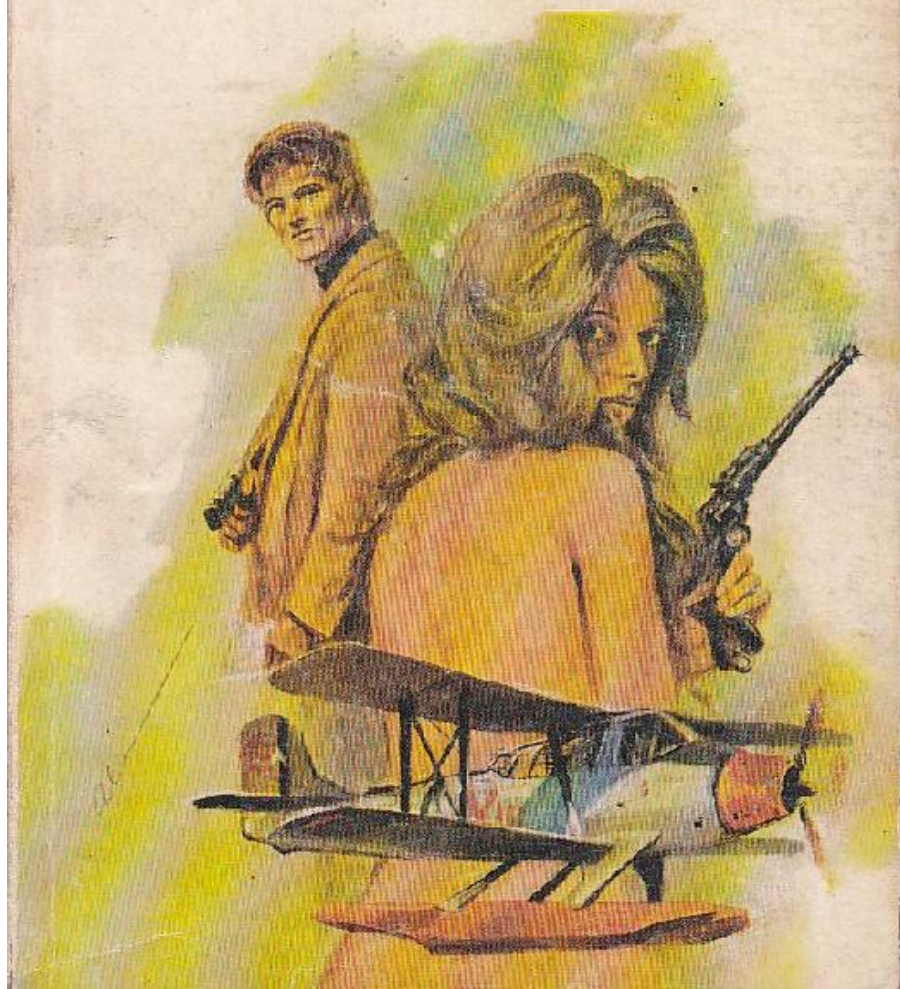
**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS



MIRADA MORTAL

Clark Carrados



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.841 — Pistolas y mujeres hermosas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.701 — Joven, guapa, rica... y asesina.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.090 — Estación término: el cementerio.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.



CLARK CARRADOS

MIRADA MORTAL

Colección PUNTO ROJO n.º 1.093 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X Depósito lepl: B. 4.936-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1. *

edición: abril, 1983

a

2.

edición en América: octubre, 1983

© Clark Carrados - 1983

texto

© Almazán - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrís, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21.6501 Barcelona 1983

CAPITULO PRIMERO

Estaba sentado ante la mesa y miraba fijamente el objeto metálico, de brillo plateado, que tenía frente a sí. La estancia se hallaba alumbrada solamente por una lámpara, situada a su izquierda, de modo que lo que había encima de la mesa podía contemplarse con todo detalle.

El resto de la habitación permanecía en una discreta penumbra. No se percibía el menor sonido.

La mano del hombre avanzó un momento hacia aquel objeto de metal y lo empuñó con dedos inseguros. De pronto, soltó el revólver como si se hubiera convertido inesperadamente en una serpiente.

Sacudió la cabeza. Su mente estaba siendo atormentada por negros pensamientos.

La idea de morir acudía una y otra vez a su mente, pero él la rechazaba con energía. Sin embargo, se daba cuenta de que la resistencia que oponía estaba cediendo gradualmente.

De repente, una fuerza irresistible se apoderó de él y le hizo empuñar el arma nuevamente.

La puerta del despacho se abrió de pronto.

—Querido —dijo la señora Vinceton—, ¿tardarás mucho en ir a la cama? Es ya demasiado tarde...

Entonces, el señor Vinceton hizo algo incongruente.

Gritó:

—¡No, no quiero morir!

Y, en el mismo momento, ante el indescriptible horror de su esposa, apretó el gatillo y se voló la cabeza.

La fundación benéfica a la que pertenecía Dolly Walson había organizado un concierto, que se celebraba con el teatro abarrotado, debido a la fama de la orquesta y de su director, el renombrado Arthur Koppevitch.

Dado el carácter de la función, los organizadores habían montado dos filas de asientos en el escenario, de modo que los espectadores de calidad, unos treinta en total, se hallaban frente al director de la orquesta.

Dolly estaba en primera fila, dada su condición femenina y teniendo en cuenta que era miembro distinguido de la fundación. Realmente, era su padre el que debía haber acudido, pero sus negocios le habían impedido asistir al concierto y la muchacha se había visto obligada a sustituir al autor de sus días.

Autoridades y personas de relieve se hallaban en aquel lugar privilegiado, mientras Koppevitch conducía a sus músicos con mano maestra. A Dolly, la música sinfónica la aburría. No era una enemiga acérrima de los grandes maestros, pero había momentos en que ciertas piezas le causaban un profundo hastío.

Aquella sinfonía era algo demasiado complicado para ella. Cuando volviese a casa, le diría a su padre cuatro palabras. Dolly pensaba que el aburrimiento que padecía era como una piel de la que no podría desprenderse en mucho tiempo.

Además, le estaba entrando sueño y hacía esfuerzos desesperados para no dormir.

Con el fin de distraerse un poco, paseó la vista por el público que se hallaba a espaldas del director de orquesta.

Un individuo llamó de pronto su atención. Aun sentado, parecía bastante alto. Era delgado, aunque no esquelético, y tenía el pelo intensamente negro. El rostro estaba perfectamente rasurado, a excepción de una aguda perilla que sobresalía de su mentón casi como un puñal.

Como la mayoría de los ocupantes de la platea, el hombre vestía de frac. Dolly apreció que aquel sujeto tenía una gran capa sobre las rodillas. La capa no estaba correctamente doblada, lo que le permitió ver parte de un forro de raso escarlata.

«Caramba, si parece el mismísimo demonio», se dijo.

Luego pensó que si era el diablo, podía llevarse a Koppevitch y a su maldita orquesta.

Pero quizá esto era lo que salvaba al director de orquesta, porque aquella música no había quien la aguantase ni siquiera en el infierno.

De pronto, Dolly sintió clavada sobre sí la mirada del hombre de la capa.

Era una mirada, profunda, magnética, procedente de unos ojos que parecían dos pozos sin fin.

«Dos puertas del infierno», pensó.

Desvió su mirada y procuró poner aire de gran interés en la música. Pero al cabo de unos segundos se percató de que el desconocido seguía con la vista fija sobre ella.

Dolly apretó los labios. ¿Por qué la miraba el desconocido tan insistentemente?

Al cabo de unos momentos, empezó a sentirse incómoda y hasta irritada. La actitud del hombre de la capa no había variado en absoluto desde hacía casi quince minutos.

Bruscamente, sin poder contenerse, sacó la lengua en son de burla.

Koppevitch pareció perder el ritmo por un instante y dos primeros violines desafinaron ligeramente. Sonaron siseos de desaprobación.

Dolly, muy entretenida en su silenciosa pelea con el desconocido, no

se dio cuenta del incidente y volvió a sacarle la lengua, además de poner los pulgares en los oídos, para así agitar las manos y aumentar el efecto de su sarcástica respuesta.

Aquel tipo, se dijo, era un sinvergüenza. Había ido ataviada con un vestido de tarde, dado que el concierto se celebraba antes de la cena. El vestido era corto y ajustado. Aquel obsceno individuo debía de estar mirándole las piernas y...

Bruscamente, se oyó un alarido:

—Así no puedo continuar! —tronó Koppevitch—. Esa mujer me está haciendo gestos de burla. ¡Échenla de aquí inmediatamente o no continuaré el concierto!

La orquesta se había detenido inmediatamente, con gran asombro del país público.

Todos los asistentes habían podido

escuchar los violentos apostrofes del insigne músico. Dolly se puso colorada hasta las orejas.

Koppevitch tiró la batuta sobre el atril y se marchó, vomitando imprecaciones en un idioma que muchos creyeron era ruso, pero que, en realidad, era yugoslavo. Uno de los directivos de la fundación se adelantó hasta las candilejas, pidió disculpas al público y dijo que el famosísimo Koppevitch sufría un poco de fatiga, debido a los numerosos conciertos que había dirigido últimamente, pero que, no obstante, se repondría inmediatamente y continuaría dirigiendo el programa acordado. Se rogaba al público un

poco de paciencia y comprensión y se le aseguraba que el concierto se celebraría en toda su extensión.

En cuanto a Dolly, previniendo la tormenta y para evitar males mayores, decidió retirarse discretamente por el foro, sabiéndose, en parte, causante de la tormenta.

Luego vendrían los reproches, pero, a fin de cuentas, de un mal saldría un bien: su padre ya no la enviaría más a un concierto en representación suya.

* * *

Los murmullos que se oían continuamente en la sala cesaron casi de

repente, cuando el director apareció para ocupar de nuevo su puesto.

Los espectadores ocuparon de nuevo sus asientos. El director subió al podio, dio tres golpecitos con la batuta sobre el atril y levantó los brazos.

Los músicos se dispusieron a iniciar el concierto interrumpido. El director bajó los brazos.

Un torrente de música inundó el teatro. Los atónitos espectadores pudieron escuchar los metálicos sonos de *Levando anclas*.

El director continuaba dirigiendo como si no sucediese nada. Los músicos se desconcentraron. Entre los asistentes no se veían más que caras de estupefacción.

La música cambió de pronto y los Beatles empezaron a cantar el *Submarino amarillo*.

De repente, se oyó un rugido capaz de helar la sangre en las venas del más valiente.

Koppevitch apareció por la puerta que daba a los camerinos, lívido, desmelenado, con los ojos fuera de las órbitas, profiriendo incomprensibles palabrotas. El escándalo era fenomenal.

El director de la orquesta dio media vuelta, saltó del podio y echó a correr por el pasillo central de la sala. En el salto, perdió la peluca que tan bien había imitado la cabellera natural del famoso músico.

Por todas partes sonaban ahora risas y carcajas. El concierto, tan digno, tan mesurado, había acabado en una juerga mayúscula.

Koppevitch tropezó y cayó sobre una señora obesa, que ocupaba uno de los asientos de la fila tercera. La butaca se rompió con tremenda estrépito de maderas astilladas.

Los fotógrafos aprovechados hacían destellar continuamente las lámparas de sus máquinas fotográficas. De un acto solemne se había pasado a un espectáculo circense, con la intervención de sus payasos cuyo número no figuraba absolutamente en el programa.

Algunos lloraban de risa. Una dama lanzó de pronto un agudo chillido y su esposo, sentado al lado, se alarmó.

—No., no me pasa nada... —dijo ella—. Es que... no he podido

aguantarme... y me he hecho pis de risa...

El marido estalló en una homérica carcajada. Mientras el autor del desaguisado, un hombre joven y no mal parecido, corría desesperadamente en busca de la salida.

Dolly contemplaba la escena desde la puerta principal y se dijo que, a fin de cuentas, tendría que bendecir a su padre, por haberle permitido presenciar un espectáculo que ya no se repetiría jamás. De pronto, vio venir hacia sí al director espúreo y pensó que iba a atropellarla en su loca carrera.

Pero, de pronto, un hombre se cruzó inadvertidamente con el fugitivo.

Hubo un tremendo choque. El hombre de la capa rodó por el suelo. El fugitivo, medio envuelto por los enormes pliegues de la prenda, consiguió mantener el equilibrio a duras penas y continuó su carrera, sin percatarse de que se llevaba la capa consigo. O, pensó Dolly, no quería perder el tiempo en liberarse de aquella enorme cantidad de metros de tela.

El dueño de la capa había quedado medio inconsciente en el suelo. El orden empezaba a restablecerse y Dolly se dijo que ya podía dar la función por concluida.

Se escabulló con toda discreción. Cuando estuvo en la calle, se dijo que le gustaría hablar con el falso director de orquesta y averiguar por qué había tomado el puesto de Koppevitch.

CAPITULO II

El coche descapotable rodaba lentamente. Hacía poco que había caído la noche y la circulación se había reducido considerablemente.

Dolly miraba en todas las direcciones. Había preguntado a algunas personas, llegando a la conclusión de que el joven había huido en aquella dirección. De todas formas, decidió, si no lo encontraba antes de cinco minutos, regresaría a su casa.

El autor de sus días conocería ya la noticia. Estaba segura de que el presidente de la fundación habría hablado con él por teléfono. El señor Walson le echaría una buena bronca, seguro. Pero no le importaba.

De pronto, oyó un ruido metálico.

Un hombre acababa de dar un puntapié a una lata vacía. Dolly lanzó una exclamación al ver una capa doblada sobre su brazo izquierdo.

Adelantó un poco el coche, frenó y saltó a la acera.

—¿Puedo hablar con usted? —sonrió.

El joven se detuvo.

—¿Es pariente de Koppevitch? —preguntó, aprensivo.

—¡Dios me libre! —exclamó ella riendo—. No. Me llamo Dolly Walson y estaba en el concierto, cuando usted ocupó el puesto de ese fanfarrón director de orquesta. Ha sido el mejor espectáculo que he visto en mi vida y, sinceramente, me entró una enorme curiosidad por conocer los motivos que le llevaron a hacer una cosa semejante.

El joven sonrió.

—Ha resultado divertido, ¿eh? La verdad es que no esperábamos tanto, pero, de todas formas, Koppevitch se ha llevado una buena lección —contestó—. Perdona, me llamo Lasham, Gene Lasham.

—Hola, Gene —dijo Dolly, tendiéndole una mano—. Celebro conocerte.

—Encantado, Dolly —respondió él—. Por cierto, si yo organicé un jaleo, tú tampoco te quedaste atrás. En realidad, fuiste la que empezó todo.

—Así es —confirmó ella—. Había un tipo desaprensivo en la segunda fila de butacas, un desvergonzado mirón que... Bueno, el vestido es un poco corto y se me veían las piernas...

—Por eso le sacaste la lengua —dijo Lasham.

—¿Lo viste, Gene?

—Estaba entre bastidores.

—Entonces, aprovechaste la momentánea retirada de Koppevitch...

—Teníamos pensado hacerlo durante el descanso, pero, puesto que se presentaba una ocasión tan propicia, decidimos pasar a la acción.

—Cuéntame más detalles —rogó la muchacha—. Por cierto, ¿te parece que hablemos mientras paseamos? ¿O prefieres subir a mi coche?

—No, mejor caminaremos, es más sano —contestó Lasham.

—Muy bien. Empieza cuando gustes, aunque he podido darme cuenta de que hablabas en plural. Parece que te ayudó alguien, ¿no?

—En efecto. Mi futuro cuñado. Los dos se la teníamos jurada a Koppevitch y nos propusimos darle un disgusto en cuanto nos fuera posible.

—¿Eres músico también, Gene? —preguntó Dolly.

—¿Quién, yo? Dios me libre —dijo Lasham—. Como Napoleón, pienso que la música es el menos desagradable de los ruidos. Pero Edgar y mi hermana, sí, son músicos y de los

buenos.

—Edgar es el que... te ayudó.

—Sí. Verás, él y mi hermana Nancy quieren casarse, pero, naturalmente, necesitan cierta estabilidad económica. Bueno, es lo que sucede a todas las parejas de enamorados.

—Completamente lógico —sonrió ella—. ¿Qué más?

—Nancy es una violinista estupenda. Edgar, en cambio, toca el trombón de varas. Y ya tenía un puesto en la orquesta de Koppevitch. Le pidió que probase a Nancy; había una vacante en los primeros violines y ella podía ocuparla con ventaja. Bueno, resumiendo, Koppevitch le hizo unas pruebas y, al terminar, le dijo que le otorgaba la vacante, con una condición.

—¿Qué condición, Gene?

—Mujer, ¿no te lo imaginas?

—¡Oh! —exclamó Dolly, atónita—, ¿Eso hizo Koppevitch?

—Puedo jurarlo sobre una pila de biblias. Bien, Nancy le dio un par de buenas bofetadas y lo mandó a paseo. Como represalia, Koppevitch despidió a mi futuro cuñado.

—Y los dos se han quedado sin trabajo.

—Así es. No tardarán mucho en encontrarlo, pero a ambos les ilusionaba formar parte de la misma orquesta. De este modo, no habrían tenido que separarse en los viajes...

—Comprendo. Ahora tendrán que esperar mejores tiempos para casarse.

—Sí —suspiró Lasham.

—Sigue, Gene. ¿Qué pasó cuando se interrumpió el concierto?

—Koppevitch fue a su camerino. Edgar y yo ya le aguardábamos. Aunque es mayor que yo, Koppevitch se me parece un poco y, además, me puse peluca y Edgar me maquilló la cara. Lo atamos, aunque no fuerte, y lo dejamos encerrado en el camerino. Luego Edgar se fue al control de altavoces y puso la cinta que habíamos grabado previamente. Cuando me vio empuñando la batuta, conectó el sistema general de sonido, que se usa para otra clase de música...

—Y empezó la juerga.

—Ha resultado divertido, ¿no? —sonrió el joven.

—Nunca me he reído tanto. Koppevitch tardará en reponerse de este golpe, Gene. Se lo tiene bien merecido, por otra parte. Pero, oye, todavía tienes la capa de aquel tipo.

—Es verdad. Se me enredaron los pliegues cuando tropecé con él, al salir, y me la llevé, para no perder más tiempo.

—Es la capa del mirón —dijo Dolly—. A decir verdad, es el culpable de todo este jaleo.

—Bueno, cualquiera diría que el concierto ha derivado en una imitación de una comedia de los hermanos Marx. Sea como fuere, nos hemos divertido un poco y tardaremos tiempo en olvidarlo, ¿no te parece?

—Yo lo recordaré mientras viva, Gene.

De repente, Dolly se calló, mientras contemplaba con ojos fascinados la capa que el joven llevaba al brazo. Lasham se extrañó de la actitud de la muchacha.

Bajó la mirada. Una ratita blanca trepaba por el forro de la capa. Luego asomó una cabecita del mismo color y varias ratas más aparecieron sobre el brazo del joven.

—¡Demonios! ¿Qué es esto?

Sacudió la capa y los roedores escaparon en todas direcciones. Una

pareja venía en sentido contrario y la mujer empezó a chillar desaforadamente.

Lasham agarró la mano de Dolly y tiró de ella.

—Será mejor que nos esfumemos —propuso.

Dolly no se hizo de rogar. Corrieron un centenar de metros y desaparecieron al otro lado de la esquina. Entonces, Lasham extendió la capa y empezó a registrar su interior.

Salieron cartas de todas clases, serpentinas, muñequitos de goma y hasta una paloma blanca que se elevó tras un ruidoso aleteo. Lasham y la muchacha se sentían estupefactos.

—Es la capa de un prestidigitador —exclamó ella.

—Se va a poner furioso cuando vea que no la encuentra —supuso el joven.

Uno de los muñecos había caído al suelo de pie y, de pronto, empezó a caminar rítmicamente. Representaba a un soldadito con el fusil al hombro y Lasham lo contempló estupefacto.

Al lado había un tambor. Dolly se inclinó y lo puso en pie. El muñeco empezó a batir el parche inmediatamente, mientras se ponía en marcha detrás del soldadito.

—Jesús, esto parece un milagro —dijo Lasham.

—Deben de moverse por un minúsculo motorcito eléctrico —apuntó la muchacha—.

No veo que se les pueda dar cuerda.

—Tendrán el recorte de paro en alguna parte. —Lasham caminó a la par de los muñecos—. Lástima que eso no se les pueda aplicar a algunas personas, ¿eh?

—Voy a ver si los detengo, Gene. Creo que deberíamos recoger todo lo que podamos e intentar devolverle la capa a su dueño.

—Lo haré yo, cuando averigüe quién es; no te preocupes.

Dolly consiguió detener los muñecos y los guardó en el bolso. Lasham pensó que las ratas, la paloma y las cartas y las serpentinas tendrían que ser repuestas por el dueño de la capa.

Bruscamente, cuando doblaban la siguiente esquina, un hombre les cerró el paso.

—¿Tienen la bondad de darme una limosna, por el amor de Dios? —rogó el sujeto.

Era una petición muy peculiar, apoyada en la navaja de veinticinco centímetros que el individuo empuñaba con la mano derecha.

* * *

Dolly lanzó un gritito de susto y se apretujó instintivamente contra el joven. A Lasham no le hacía ninguna gracia tener que entregar los pocos billetes que llevaba encima, pero tampoco quería exponer a la muchacha a un grave contratiempo.

Una vez le habían asaltado, de forma parecida, acompañando a una joven, y el atracador había amenazado con cortarle el cuello a su acompañante. Lasham se había visto obligado a claudicar. Ahora, se dijo disgustadamente, tendría que ceder de la misma manera.

Pero en esta ocasión, recordó de pronto, tenía un arma. De repente, sin previo aviso, lanzó la capa a la cara del asaltante.

El hombre lanzó un rugido de furor, mientras intentaba desembarazarse de los pliegues de la capa, que le impedían ver y moverse sin dificultad. Lasham volvió a recordar un atraco anterior y se sintió furioso.

—Esta vez, no te irás de vacío —gruñó, a la vez que levantaba el pie para asestar un terrible patadón en el vientre del atracador.

Se oyó un atroz chillido. El ladrón cayó de espaldas, agitándose epilépticamente.

Lasham se inclinó y agarró la capa con una mano.

—¡A correr, Dolly!

La muchacha no perdió un segundo en obedecer el consejo. Con la capa en la mano derecha, Lasham se lanzó hacia adelante, sin darse cuenta de que empezaba a producirse un extraño fenómeno.

Una de las manos del ladrón se había engarfiado en el borde inferior de la capa y continuaba reteniéndola. Pero la prenda empezó a descomponerse en una larga cinta de unos diez centímetros de

anchura.

Lasham y Dolly se alejaron unos cincuenta metros más, doblaron una nueva esquina, corrieron varios metros y, al fin, redujeron la marcha.

—Ese tipo no nos seguirá ya —dijo él, respirando entrecortadamente.

—Le has pegado duro, Gene —comentó la muchacha.

—Una vez me asaltaron, en unas circunstancias muy parecidas. El ladrón amenazó con matarla a ella y tuve que resignarme a ser despojado. Por fortuna, hoy tenía la capa y eso me ha servido para ganarle la iniciativa. En fin, espero que el dueño sea un tipo comprensivo. De lo contrario, no sé que le voy a decir...

—Antes tendrás que entregarle la capa, Gene —dijo Dolly.

—La tengo en la mano. Mira...

Lasham se calló de pronto. Estupefacto, contempló ¡a tira de tela negra y roja en que se había convertido la tapa y que, arrastrándose por el suelo, desaparecía al otro lado de la esquina.

—¡Esto parece obra de brujería! —exclamó.

—Es la capa de un prestidigitador —rió ella—. ¿Vas a devolvérsela en ese estado, Gene?

Lasham arrojó a un lado los restos de la prenda.

—¡Que se fabrique otra! —exclamó—. Además, ¿no es el tipo que te miraba tanto?

—Sí, el mismo. La verdad es que mi vestido es un poco corto...

—¡Caramba, a todo el mundo le gusta ver unas piernas bonitas! Pero cuando hoy día resulta tan fácil... Las faldas cortas, los trajes de baño, los *shorts*...

—Algunos hombres no lo pueden remediar, Gene.

—Algunos carecen de decencia —rezongó él—. Bueno, Dolly, creo que es hora de que te acompañe hasta tu coche. A menos que tengas otros planes, claro.

—No —suspiró la muchacha—. Ahora debo regresar a casa y enfrentarme con la cólera del autor de mis días. Yo tuve que ir al

concierto en representación suya y ya ves el jaleo que he organizado.

—Sí, ahora estamos como los chicos después de una travesura. Se han divertido enormemente, pero luego vienen los azotes en el trasero. Espero que tu padre no recurra a ese procedimiento para castigarte, Dolly.

—No, pero empezará a hablarme del prestigio del apellido, de su posición social, qué dirá la gente y cosas por el estilo. Y, francamente, yo tendré que darle la razón.

—Ya está hecho y no se puede evitar. Además, si tu padre es un poco comprensivo, sabrá disculparte.

—Ojalá sea como dices, Gene.

—De todas formas, si necesitas mi ayuda... Como testigo, claro.

—No te preocupes; sabré salir adelante.

—Así lo espero. Oye, ¿podré llamarte mañana por teléfono, para saber qué tal fue la llegada al hogar paterno?

—Claro, hombre... —De pronto, Dolly agitó la mano—.

Buenas noches, señor Gifford —saludó a un hombre que se cruzaba con ellos.

El individuo no contestó. Dolly, extrañada, se volvió.

—¡Qué raro! —dijo—. Me ha visto y, sin embargo, no ha dicho nada...

—¿Lo conoces? —preguntó él.

—Sí, es Raymond O. Gifford, un buen amigo de mi padre y también miembro de la fundación...

Lasham se volvió y contempló un momento al sujeto.

—Parece que ha pillado una buena —comentó.

—¿Quién, Gifford? —exclamó ella, asombrada—. Pero ¡si es abstemio!

—Sí, sí, abstemio —comentó el joven con sorna—. Mírale, lo menos lleva un litro de alcohol en el cuerpo.

Atónita, Dolly vio a Gifford que caminaba con paso inseguro, incluso

haciendo eses.

—Debe de encontrarse enfermo, sin duda —dijo.

Y echó a correr detrás del hombre. Lasham la siguió, dispuesto a prestarles ayuda si era necesario.

De repente, oyó a Gifford decir algo muy extraño:

—¡No..., no quiero morir...!

—¡Señor Gifford! —chilló Dolly, espantada por algo que no comprendía.

Un automóvil se acercaba en aquel momento a buena velocidad. De súbito. Gifford abandonó la acera y se dispuso a cruzar la calzada.

—¡Atrás, estúpido! —vociferó Lasham.

El conductor del coche vio a Gifford demasiado tarde. El morro del vehículo le alcanzó de lleno, despidiéndole hacia adelante. Luego, las dos ruedas del lado derecho le pasaron sucesivamente por encima, antes de que el conductor pudiera frenar por completo.

Dolly volvió la cabeza para no contemplar el horrible espectáculo. Lasham se quedó unos momentos inmóvil y luego, reaccionando, corrió hacia el caído.

El aspecto de Gifford era espantoso. El primer encontronazo debía de haberle causado tremendas heridas internas, pero las ruedas habían completado la macabra tarea.

* * *

—No lo comprendo, Gene. Para mí, es un misterio insoluble.

—Debía de estar muy bebido...

—No, era abstemio. Además, el informe forense dice que no había en su sangre una gota de alcohol.

—Mira, Dolly, nunca se sabe del todo lo que pasa en el interior de una persona y menos en momentos críticos. Sí me permites un consejo, deberíamos dejar de comentar el tema,

¿eh? Ya no podemos hacer nada por ese infeliz.

—Sí —suspiró ella—. Tienes mucha razón. Papá se siente verdaderamente impresionado. Compréndelo; eran muy buenos amigos. Ahora está en su casa, tratando de dar ánimos a la viuda. Mamá está fuera, si no, le habría acompañado. Yo no me he sentido con ánimos para ver a la señora Gifford. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Desde luego. Dolly, ¿qué te dijo tu padre cuando supo lo que había pasado en el concierto?

— Bueno, dio comienzos al rapapolvo, pero cuando me vio pálida y descolorida, y supo que era por causa de la muerte de Gifford, se olvidó de la reprimenda. Me abroncará,

cuando se haya pasado todo, sin duda.

—Su ira se habrá suavizando, no te preocupes. Dolly, celebro que te encuentres bien. Si necesitas algo de mí...

—Gracias, Gene. Eres un chico estupendo. Después de haber hablado contigo, me siento mejor.

Lasham colgó el teléfono y se reclinó en el diván de su casa. Realmente, había sido una noche accidentada y, aunque había empezado con un rato de diversión, el final no había tenido nada de agradable, sin contar con el interludio del ladrón que no había conseguido robarles

— Espero que las noches que vengan sean un poco más tranquilas —deseó, mientras desplegaba el periódico para conocer más detalles de un suceso del que había sido testigo presencial.

Estaba terminando la lectura del diario y se disponía a examinar la cartelera de espectáculos, cuando, de pronto, tropezó con un anuncio que le hizo dar un salto en su asiento.

El anuncio estaba en un recuadro, con la fotografía del artista. Lasham reconoció inmediatamente al hombre de la capa.

Tal como había supuesto, era un prestidigitador. Actuaba en el Philibert Theater, y se llamaba Octavius Granthorpe, aunque utilizaba el sobrenombre de El Mago.

El anuncio insistía muy especialmente en el sobrenombre. El Mago, simplemente, y eso lo decía todo, respecto a las portentosas facultades del artista. El Mago era una palabra que resumía todos los adjetivos y los elogios y no se necesitaban más calificativos, porque, aun a pesar

de la riqueza del léxico, ninguno describía mínimamente el arte de Granthorpe.

—Ese agente de propaganda no es manco inventando mentiras —rezongó Lasham.

Le picó la curiosidad. Asistiría aquella noche a una exhibición de El Mao. Incluso más; sentíase obligado en cierto modo hacia el artista y le ofrecería sus disculpas por haberse llevado la capa.

—Aunque después de haber mirado tan suciamente a Dolly...

Pero eso, en cierto modo, era otro asunto. Su obligación era disculparse, aunque luego, si resultaba preciso, le partiera la boca de un puñetazo. De todas formas, se dijo, no convenía exagerar las cosas. Tal vez Dolly era muy suspicaz y había visto algo que no era realmente verdad.

El trabajo de Granthorpe finalizó con un número que dejó al público boquiabierto: la transformación de la capa en una tira de tela de interminable longitud. Mientras los aplausos atronaban la sala, Lasham se deslizó discretamente hacia la zona de camerinos.

Una buena propina obró milagros en un ceñudo empleado. Cuando Granthorpe llegó a su camerino, Lasham estaba ya en el interior.

El artista arrugó el entrecejo al verle.

—Caballero, que yo sepa, no le he concedido permiso para entrar aquí —dijo con frialdad.

—He venido a disculparme, señor —manifestó el joven—. Soy el que se llevó anoche su capa, en la sala de conciertos.

—¿Usted?

—Sí, señor. Lo siento, pero después nos ocurrieron unas cosas muy extrañas... Bueno, yo iba con una amiga mía... ¿No se dio cuenta usted de que tuve que salir por pies del teatro?

—Sí, ya vi que tenía mucha prisa. Sobre todo, después de haber suplantado a Koppevitch.

—Esta es otra historia y no tiene nada que ver con nuestro asunto. Si me llevé su capa, fue porque me costaba mucho desenredarme y tenía prisa, como usted sabe. Luego, cuando caminaba con esa amiga,

empezaron a salir ratas, una paloma, cartas, naipes...

Después, nos asaltó un ladrón, le tiré la capa a la cara y así pude escapar. Pero el sujeto agarró una esquina de la capa y... Bien, a mí me pasó algo muy parecido a lo que ha hecho usted como final de su actuación.

—Es decir, me he quedado sin la capa —dijo Granthorpe.

—Bien, ya no se puede evitar, pero debo decirle que estoy dispuesto a indemnizarle por los perjuicios que haya podido causarle. Créame, lo siento infinito...

De pronto, Granthorpe sonrió y se acercó a una consola, donde había servicio de licores.

—Así que fue usted el que organizó el jaleo en el concierto —dijo—. ¿Quiere explicarme lo que pasó? Si no hay inconveniente, por supuesto.

—Ninguno, señor.

El artista puso una copa en las manos de su visitante.

—Todavía no sé su nombre, señor...

—Lasham, Gene Lasham. Pero puede llamarme Gene.

Granthorpe se sentó en un butacón, cruzó las rodillas y movió la mano en actitud amistosa.

—Adelante, cuéntemelo todo, amigo Gene.

Cuando el joven hubo terminado, los ojos de Granthorpe chispeaban de alegría.

—¡Qué jugada tan maravillosa! —exclamó—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes a mí? La verdad es que Koppevitch se merecía una lección semejante, muchacho.

—¿Debo deducir que también usted ha tenido problemas con ese engreído director de orquesta?

—Fue hace tiempo, pero ya lo he olvidado. Nada de importancia, Gene, no se preocupe. Con sinceridad, yo también lo pasé muy bien con aquel inesperado cambio en el concierto. Aunque debo reconocer que usted me atropelló cuando huía como un búfalo enloquecido. Casi

me hizo perder el conocimiento, pero, créame, se lo perdono todo, gracias a lo que pude divertirme.

Lasham respiró aliviado.

—Entonces... ¿no está resentido conmigo, señor Granthorpe?

El artista extendió los brazos con cierta aparatosidad.

—¿Resentido? En absoluto, amigo mío. Y por la capa no se preocupe; tengo dos más de repuesto. Buen artista sería yo si no tuviera materiales de repuesto para mi trabajo. Usted no sale en su coche sin llevar la quinta rueda, ¿verdad?

—Por supuesto, señor —sonrió Lasham.

—Yo tengo dos... ruedas de repuesto. Haré que me preparen otra capa, eso es todo. Y

no se preocupe por su importe.

Granthorpe rompió a reír de nuevo.

—Será difícil que vuelva a disfrutar tanto como anoche, Gene —agregó.

—Muchísimas gracias. No sabe cuánto celebro que se lo haya tomado con tanta generosidad. Me tendrá a su disposición siempre que guste, señor Granthorpe.

—A la recíproca, muchacho.

Lasham se sintió tentado por un instante de preguntar al artista, por qué miraba a Dolly

con tanta insistencia, pero después de su comportamiento tan amable y lleno de cortesía, le pareció iba a cometer una acción completamente reprochable. A fin de cuentas, pensó, se había tratado de unas cuantas miradas y no de acciones físicas.

* * *

Entró en la cafetería, ocupó un taburete y pidió una hamburguesa y una cerveza.

Cuando estaba a mitad de aquel sobrio almuerzo, alguien le golpeó en la espalda.

—Gene, muchacho, ¿qué es de tu vida?

Lasham se volvió y sonrió al reconocer al hombre que se había situado a su lado.

—Demonios, Joe Mitscher, hace tiempo que no nos veíamos, ¿eh?

—Sí, han pasado unos cuantos años —contestó el otro—. La vida, chico; es más dura de lo que parece y nos separa implacablemente. Los hermosos proyectos que nos forjamos al salir de la Universidad, no siempre se cumplen. «Nos veremos el año próximo, todos los años celebraremos una reunión, hemos de encontrarnos con frecuencia...»

—Mitscher meneó la cabeza melancólicamente—. Bah, palabras y más palabras, que se las lleva el viento, Gene.

—¡Caramba, Joe, qué pesimista te sientes! .Cualquiera diría que tus negocios no marchan bien.

—Oh, nada de eso, todo lo contrario. Pero me he puesto nostálgico al verte. No he podido por menos que recordar aquellos hermosos tiempos...

—Sí, que no volverán, pero, muchacho, no somos tan viejos ni hace tanto tiempo que dejamos la Universidad. Los dos rondamos los treinta años y tú, además, estás casado, creo.

—Muy felizmente, debo admitirlo —sonrió Mitscher—. Y tú, ¿te has casado?

Lasham hizo un gesto negativo.

—Por el momento, como suele decirse, soy libre como un pájaro —respondió.

—Escucha, Gene, tengo que decirte una cosa. Por causalidad leí ayer la noticia de un accidente. El periódico menciona tu nombre como testigo presencial.

—Sí, lo vi todo, por desgracia. No resultó agradable, Joe.

Mitscherladeó la boca.

—Gifford se suicidó.

—Eso parece. Pero, según creo, no había motivos para el suicidio...

—No había motivos, ¿eh? —dijo Mitscher sarcásticamente—. Quizá

otros opinen lo contrario, Gene.

Lasham se atiesó en el taburete.

—¿Sabes tú algo. Joe? —exclamó—. Según tengo entendido, Gifford era un hombre irreprochable en todos los sentidos, tanto en sus negocios como en su vida privada. Por eso resulta más extraño la teoría de su suicidio.

—Conque irreprochable —murmuró el otro.

—Joe, ¿qué sabes tú acerca de Gifford? ¿Por qué no hablas claro de una vez?

—Ah, pero ¿es que te interesan los asuntos de ese tipo?

Lasham pensó inmediatamente en Dolly.

—Conozco a alguien a quien podrían interesarle —respondió—. Vamos, Joe, si sabes algo, dímelo. A Gifford ya no podrá importarle; está muerto...

—Bueno, Gene, la verdad es que no sé mucho. Creo que hace años tomó parte en un asunto muy feo. Mucho dinero de por medio y, según tengo entendido, murió alguien y no precisamente en la cama. El caso se tapó con toneladas de tierra encima, pero tal vez ahora alguien lo ha desenterrado. Eso es todo lo que tengo que decirte, compañero.

—Tienes más cosas que decirme todavía, Joe. ¿Cómo te has enterado tú del asunto?

¿Dónde has obtenido esa información?

—Verás... Lo cierto es que yo no sé gran cosa. Pero si te interesan más detalles, podrías hablar con Cliff Houghton. Ese es el que mencionó el asunto, aunque no fue muy explí-

cito. Sin embargo, me dio la sensación de que sabía más de lo que quería dar a entender.

Lasham sacó una agenda de bolsillo y una pluma.

—¿Dónde vive Houghton? —preguntó.

CAPITULO IV

—¿Sabes que hace dos noches estuve hablando con el dueño de la capa?

Dolly se sorprendió al oír aquellas palabras.

—¿Es cierto eso, Gene? —preguntó.

—Rigurosamente cierto, Dolly. Con sinceridad, me creí obligado a presentarle mis disculpas...

—Pero ¿cómo lo encontraste tan pronto? se asombró la muchacha.

—Bueno, después de hablar contigo, me puse a leer el periódico. En la sección de espectáculos, vi un anuncio en el que se mencionaba el arte del hombre de la capa.

Compré una butaca, asistí a la función y luego fui a su camerino.

—¿No te rompió la cabeza?

—Oh, no, en absoluto. Se comportó magníficamente y hasta me invitó a una copa. Dijo que tenía dos capas más, de repuesto, y luego, cuando le conté las circunstancias en que me había llevado la capa, me confesó que jamás se había divertido tanto con lo ocurrido en el concierto. Parece que hace años tuvo algunos roces con Koppevitch y disfrutó enormemente con lo que pasó en el teatro.

—Parece que Koppevitch tiene más enemigos de lo que se cree —sonrió Dolly—. De modo que tú y el hombre de la capa acabasteis siendo amigos.

—Bueno, no es la palabra exacta, aunque nos separamos muy amistosamente. Por cierto, cuando estaba con él, pensé en una cosa, pero no me atreví a decirle nada.

—¿Qué era, Gene?

—Su..., su mirada. Eso que a ti te irritó tanto. Sinceramente, no me pareció discreto.

—No importa, ya lo he olvidado. Ah, otra cosa. Papá ha tenido que mostrar enfado oficialmente, cuando le contaron lo que había hecho. Luego me dijo que era una lástima que no hubiese podido ir al concierto.

—Si, fue divertido, aunque luego la noche acabase tan mal.

Hubo un momento de silencio entre los dos teléfonos. Al cabo de unos momentos, Lasham reanudó la conversación.

—Dolly, tengo algo que contarte.

—Dime, Gene.

—Es... referente a Gifford.

—¿Sucedó algo extraño? —preguntó ella, llena de curiosidad.

—Bueno, según parece, no era el caballero virtuoso que todo el mundo creía. Tengo entendido que hay un asunto oscuro en su vida y, desde luego, hartó desagradable.

—No me lo puedo creer, Gene. Me parece absurdo, francamente.

—Dolly, yo no conocía de nada a Gifford y, por tanto, me es imposible opinar. Pero hoy, precisamente, me encontré con un antiguo compañero de Universidad y el tema salió a relucir. El fue quien me dijo cosas poco agradables sobre Gifford, aunque, desde luego, no fue muy explícito, porque apenas si sabe nada. Pero, en cambio, me dio el nombre de una persona que sí está enterada de lo que hizo Gifford años atrás.

—Me gustaría conocer el nombre de esa persona —manifestó Dolly.

—Se llama Cliff Houghton y pienso ir a verle hoy mismo. ¿Lo conoces tú?

—No, aunque le preguntaré a mi padre, si te parece bien.

—Desde luego —aprobó Lasham—, Ya te contaré qué tal ha ido la entrevista, Dolly.

—Aguarda un momento, Gene. ¿No podría acompañarte?

—Pues... no se me había ocurrido, la verdad. ¿De veras lo deseas?

—Me gustaría, aunque, si hay algún inconveniente...

—Oh, ninguno, Dolly. ¿Cuándo nos reunimos?

—Gene, discúlpame, pero había olvidado una cosa. Hoy estoy invitada con mis padres a una fiesta privada. Lo siento, pero no podré ir. Si quieres, lo dejamos para mañana.

—Estupendo, Dolly. Llámame a la hora que más te convenga.

—No tengo tu teléfono, Gene.

Lasham se echó a reír.

—Perdona...

Dio a la muchacha el número del teléfono y colgó. Luego se dedicó a sus ocupaciones.

A media tarde, llamó Dolly.

—Gene, he hablado con mi padre. No conoce a Houghton ni tiene la menor idea de quién pueda ser.

—Nosotros lo averiguaremos, no te preocupes.

—Otra cosa, lo he consultado con mi padre y no tiene ningún inconveniente. ¿Quieres asistir con nosotros a la fiesta?

Lasham se quedó parado. Dolly advirtió su silencio y lanzó una exclamación:

—¡Gene! ¿Qué te sucede? —preguntó.

—Bueno, me has dejado sin habla... Yo no estoy acostumbrado a esas fiestas... Creo que desentonaría... Además, no tengo la ropa adecuada...

—Oh, es una reunión informal, nada de etiqueta. Avenida Red Elm, tres mil novecientos cincuenta. El dueño de la casa se llama Tremmen. Puedes ir allí directamente, a partir de las siete.

—Muy bien, allí nos veremos, Dolly.

Lasham dejó el teléfono sobre la horquilla y se dio unos tirones del labio inferior. Por un momento, dudó en asistir a la fiesta, pero había dado ya su palabra y no podía echarse atrás.

—No hay más remedio que ir —suspiró.

La casa de Tremmen era una enorme residencia, con un jardín que casi parecía un parque nacional, escalonado en varias terrazas, por cuyo centro corría un arroyo artificial, que se remansaba en sucesivos estanques, hechos apropiadamente para que la gente pudiera bañarse como si realmente estuviese en un río de montaña. No había

demasiada gente, una veintena de personas, a lo sumo y, como había dicho Dolly, las indumentarias eran de lo más variado. No se veían trajes largos en las damas ni ropas negras en los hombres, la mayoría de los cuales estaban en mangas de camisa.

Un cortés mayordomo recibió al joven y lo acompañó hasta la terraza principal.

Lasham pudo apreciar media docena de criadas, pulcramente uniformadas, aunque no con el traje clásico, sino más bien como azafatas de una línea aérea. «aquí se respira a dólares por todas partes», pensó.

David Tremmen, el dueño de la casa, y su esposa, le recibieron con gran amabilidad.

Lasham, un tanto decepcionado, apreció que Dolly no había llegado todavía.

Una sirvienta se le acercó con una bandeja en las manos. Lasham tomó una copa y se puso a pasear por la terraza, contemplando la decoración, hábilmente iluminada. De unos altavoces invisibles brotaba una suave música de fondo.

Una hermosa mujer se le acercó de pronto.

—A ti no te conozco yo —dijo—. ¿Quién eres?

El joven sonrió.

—Gene Lasham. Ciertamente, no nos conocemos. Al menos, en lo que a mí respecta.

Si te hubiese visto una vez, no te habría olvidado jamás.

— Eres muy galante —rió ella—. Soy Sybil Sharpe. ¿Amigo de los Tremmen?

—Amigo de unos amigos suyos. Pero todavía no han venido... Por cierto, ¿qué se celebra aquí, Sybil?

—Es una especie de despedida. Tremmen ha sido nombrado para un importante cargo diplomático en el extranjero. Esta fiesta es para las amistades íntimas. La semana próxima dará una fiesta digamos oficial, con asistencia de los representantes del país al que ha sido destinado.

—Ah, es un personaje de importancia...

Sybil le guiñó el ojo.

—Los hay mucho más listos que David, pero no tienen tanto dinero —exclamó jovialmente.

—Suele suceder, Sybil.

—El dinero y la inteligencia no suelen ir siempre juntos, Gene.

—Pero se considera inteligente al que tiene dinero.

—Eso sí es cierto. Oye, ¿qué haces tú?

Lasham contestó con un gesto ambiguo. Sybil le dedicó una profunda mirada.

—Deberías dedicarte al cine. Tienes figura, rostro...

Lasham estudió a la mujer. Sybil, se dijo, debía de andar por los treinta años; tenía el pelo rubio, muy bien cuidado, y una silueta pródiga en atractivos.

—Tengo una agencia de contratación de artistas —agregó ella—. Ven a verme cuando quieras. Quizá, no, seguro, podré encontrarte algo interesante.

—No he actuado nunca, pero lo tendré en cuenta, Sybil, muchas gracias.

De pronto, Lasham vio a Dolly acompañada de una hermosa mujer y se separó de la rubia.

—Discúlpame...

Dejó la copa a un lado y se acercó a la muchacha.

—Hola. Dolly.

Ella se volvió.

—Gene, qué alegría. No sabes cuánto celebro verte...

—La satisfacción es recíproca —contestó él, mientras miraba a la acompañante de Dolly—. ¿Forma parte de tu familia? ¿Tu hermana mayor, acaso?

Dolly y la otra se contemplaron unos segundos y luego rompieron a

reír alegremente.

Luego, la otra exclamó:

—Muchacho, es usted un mago. Acaba de quitarme veinte años de golpe. Pero no revele su secreto a nadie más, ¿entendido?

Lasham miró a la muchacha.

—No, no entiendo nada...

—¡Tonto! —dijo ella—. Es mamá.

—¡Oh! —Lasham se puso colorado hasta las orejas—. No sabe cómo lo siento, señora Walson...

—Gene, no se disculpe jamás por haber llamado joven a una dama —dijo Edna Walsam de buen humor—. Pero aquí viene mi esposo; tiene un interés enorme en conocer al hombre que organizó la juerga en el concierto de Koppevitch Frank Walson se acercó al trio. Era un hombre cercano a los cincuenta años, fuerte todavía y de aspecto enérgico y decidido. Su mano se cerró con fuerza sobre la del joven

—Gene, habría dado algo bueno por haber asistido al concierto. Confieso que en el primer momento me puse furioso, pero luego, pensándolo bien, me alegré de lo sucedido.

—En tal caso, celebro haberle complacido, señor —contestó el joven.

—No lo digo por Koppevitch, al que no tengo el gusto de conocer. —Walson bajó la voz—. En confianza, Gene; los miembros de la fundación son insoportables y sólo por cortesía no me doy de baja de esa sociedad de pedantes sin seso.

—Si le oyeran, se enfadarían muchísimo, señor.

—Algunas veces se lo he dicho a la cara, pero no me hacen caso. Una fundación benéfica debe ser eso precisamente, para hacer el bien, y no para el lucimiento personal de unas cuantas personas, ávidas de salir en los periódicos y en las revistas ilustradas con el menor pretexto. En fin, será mejor que no continuemos tratando el asunto o se nos estropeará la fiesta. Dolly, hija, ¿por qué no te llevas a Gene y procuráis los dos divertiros un poco?

—Aunque ya será difícil que superen la juerga del concierto —dijo Edna sonriendo.

Dolly se colgó del brazo del joven.

—Tardaremos mucho en reírnos tanto —dijo—, la verdad es que no siempre se consiguen efectos tan espontáneos... Gene, ¿sabes que me siento terriblemente intrigada por lo que me has dicho de Gifford? A mi padre le pasa también lo mismo.

—Me lo imagino. ¿Le has dicho que pensamos ver a Houghton?

—No, no quiero decirle nada. Tal vez se enfadaría... Bueno, ¿qué te ha parecido mi familia?

—Encantadora. Tu madre, calculo, debió de casarse muy joven.

—Tenía diecisiete años. Yo cumpliré veintiuno dentro de un mes. Calcula tú mismo su edad.

—Un caballero no comete jamás semejante indiscreción —respondió él.

—Eres muy amable, Gene. Perdona, pero, en cambio, yo sí voy a ser indiscreta. Aunque si no quieres contestarme... ¿Qué haces? ¿A qué te dedicas?

—En estos momentos, a nada, Dolly.

Ella le miró con asombro.

—¿No trabajas?

—No trabajo ni estudio. Hago planes, sin embargo.

—¿Planes?

—Sí, sobre mi futuro, aunque la verdad es que no he conseguido todavía ninguno que me satisfaga medianamente. De todos modos, si quieres saber más detalles, te diré que no soy un obrero en paro, ni un holgazán...

—Sé que eres una excelente persona y eso me basta. —De pronto, Dolly frunció el ceño—. Ese imbécil de Torelli se está retrasando demasiado —se quejó.

—¿Quién es Torelli?

—Un tipo fantasioso, emborronador de telas, al que le ha dado por imitar en buena parte a Dalí. Llegará retrasado, para hacerse notar

más... y yo me estoy muriendo de hambre.

—Bueno, si es eso lo que te preocupa, podríamos hacer una incursión en la cocina y pedir que nos preparen un par de bocadillos.

—Es una idea magnífica. Vamos, Gene.

Echaron a andar, ella con la mano en el brazo del joven. Delante de los dos, caminaba un hombre de mediana edad. Parecía sentirse muy acalorado, porque sacó un pañuelo y se secó el sudor de su frente.

Al hacer aquel gesto, un papel salió de su bolsillo y cayó al suelo, sin que, al parecer, se diese cuenta. Lasham se inclinó para recogerlo, con la intención de devolvérselo a su dueño, quien se había parado un poco más adelante, para cambiar impresiones con la dueña de la casa.

—Estás muy pálido, Craig —dijo la señora Tremmen—. ¿Te sucede algo?

—No, no es nada, querida. Tengo la presión un poco baja y... Voy a ver si tomo una copa para animarme. Dispénsame, por favor.

Lasham extendió la mano para llamar la atención del sujeto, pero el ademán hizo que se desplegara el papel, que estaba doblado en dos mitades. Entonces, un extraño mensaje apareció ante sus ojos:

Craig Hoppelt, ¿recuerdas el caso Nayland? Hay alguien que no ha olvidado ni olvidará jamás. Pronto te llegará a ti el turno.

CAPITULO V

Lasham se sintió estupefacto al leer aquel amenazador mensaje. Se lo enseñó a la muchacha y ella se asombró también.

—Eso parece un anónimo amenazador...

De repente, una mano surgió y arrancó el papel de los dedos del joven.

—¿Quién le ha dado permiso para leer mis notas particulares? —preguntó Hoppelt furiosamente—. ¿Acaso se dedica usted a espiar las vidas ajenas?

—Perdone —contestó Lasham—. Se le cayó al suelo sin que usted se diera cuenta...

—Es cierto —añadió Dolly—. El papel se desplegó por sí solo y leímos

su contenido involuntariamente...

—¡Pues olvídenlo! —rugió Hoppelt—. Eso es algo que no les importa a ustedes en absoluto.

Dio media vuelta y echó a andar, pero, a los cuatro pasos, pareció arrepentirse y se encaró de nuevo con los dos jóvenes.

—Disculpen, muchachos; estoy un poco nervioso... Esto debe de tratarse de la broma de mal gusto de algún tipo que está irritado conmigo por motivos que desconozco. A veces, recibo anónimos aún peores que éste. No hagan caso de lo que les dije.

Hoppelt volvió a marcharse. Dolly frunció el ceño.

—Han sido unas excusas de un contenido realmente pobre —comentó.

—Algo tenía que decir para salir del paso —dijo Lasham—. Pero parece muy nervioso...

—Debe de tener la conciencia negra como el betún. Es abogado y de mucho prestigio, pero quizá perdió ese caso y alguien se lo ha recordado con muy poca amabilidad. Hasta los mejores abogados pierden a veces casos que parecen clarísimos, ¿no crees, Gene?

—Sí, desde luego.

En aquel momento, se oyeron algunos murmullos hacia la terraza principal. Sonaron algunos aplausos.

—Ya viene el gran Ferdinand Torelli --dijo la muchacha—. Es un tipo vano, presumido, insoportable... Algunos críticos dicen, ferozmente, que después de cada sesión de trabajo, tiene que aplicarse callicida en los pies.

—¿Callicida? —repitió él, estupefacto.

—Sí, hombre. Cualquiera, cuando trabaja intensamente, tiene que tomarse a veces un par de aspirinas. Pero Torelli no puede tomar las aspirinas con los pies.

Lasham lanzó una carcajada.

—Evidentemente, esos críticos no le aprecian —dijo—. Pero habíamos quedado en que tenías apetito.

—Sí, vamos a la cocina, Gene.

De repente, Lasham se convirtió en el héroe de la fiesta.

La noticia de su actuación en el concierto de Koppevitch corrió como reguero de

pólvora. Muchos se agolparon a su alrededor, pidiéndole detalles de lo ocurrido. Lasham se turbó muchísimo, porque no estaba acostumbrado a ser objeto de la atención pública, aunque fuese en un pequeño número de personas.

Dolly se dio cuenta de que el pintor parecía sentirse despechado por haber sido desplazado de la atención general por un hombre sin relieve alguno. Pero, en aquel momento, ocurrió algo inesperado.

Edna Watson lanzó un pequeño gemido y vaciló. Hubiera caído al suelo, de no haber sido sostenida por los brazos del joven, quien se hallaba casualmente a su lado en aquellos momentos.

El padre de Dolly acudió en el acto. Otro hombre se acercó presurosamente.

—Déjame. Frank —pidió el sujeto.

Examinó unos instantes a la dama y luego hizo un gesto.

—Muchacho, llévela a uno de los dormitorios. Allí la examinaré con más detenimiento.

Lasham comprendió que aquel hombre era médico y asintió.

—Por supuesto, doctor.

Walson y la muchacha les siguieron. Cuando Edna quedó tendida sobre una cama, el doctor Shermyn hizo un gesto con la mano.

—Déjennos solos, por favor.

Edna no había perdido el conocimiento todavía, pero se hallaba muy pálida. Lasham se preguntó si la madre de Dolly estaba gravemente enferma y lo ignoraba.

Salió del dormitorio. Dolly parecía muy preocupada.

—No entiendo... Mamá ha gozado siempre de una salud perfecta A prueba de bombas, como suele decirse.

—Tal vez no es sino un mareo pasajero...

De repente, se oyó un agudo grito:

—Amigos todos, voy a explicarles el tema de mi próxima obra, que se titulará *Los pinceles extraterrestres de un pintor terrestre*.

Lasham y la muchacha volvieron la vista. Torelli, con los brazos extendidos, se hallaba en lo más alto del falso roquedal que formaba parte de la rústica decoración del ambiente de jardín, justamente encima del punto donde nacía la cascada artificial.

Torelli era un genio de la autopropaganda, se dijo Lasham. Había hecho que un reflector le enfocase directamente y la mayoría de las demás luces estaban apagadas. Así pudo contemplar detenidamente al estrambótico sujeto.

El pintor vestía una enorme túnica, de amplísimas mangas, adornadas con unas horribles grecas de oro y rojo, que destacaban chillonamente sobre el conjunto general, de color negro. Tenía la cabeza completamente afeitada, salvo un copete de pelo negro, que sobresalía de la coronilla como un cuerno de unos veinte centímetros de longitud, erecto a base de goma, sin duda, lo mismo que la doble perilla que adornaba su mentón.

En cambio, no usaba bigote, y en su mano derecha se veía un grueso bastón, que casi parecía un báculo, más largo de lo ordinario y rematado en un aparatoso puño de oro, adornado con piedras preciosas.

El puño debía de ser metal dorado, simplemente, y las piedras preciosas, de imitación.

El conjunto, pese a las pretensiones de Torelli, resultaba grotesco.

—Una mala copia de Dalí —comentó Dolly.

Lasham se mostró de acuerdo con la muchacha.

—Tal vez así consiga para sus obras la atención que no puede lograr por méritos artísticos —dijo.

Torelli continuó:

—La base de mi pintura es el triángulo mágico, extraterrestre, que se ha condensado en mi cabeza y mi mentón. —Sucesivamente, con la

mano izquierda, se tocó los tres apéndices capilares—. De aquí recibo yo la inspiración, mediante las ondas que capto procedentes de lo más profundo del espacio interestelar y que reproduzco con los pinceles movidos por el fluido extraterrestre de que fueron impregnados en el principio de los tiempos...

De pronto, Lasham vio salir a los padres de Dolly. Detrás de ellos, se veía al doctor Shermyn.

Edna se apoyaba en el brazo de su marido y le miraba con inmensa ternura. Dolly se quedó con la boca abierta.

—¡Vaya, parecen dos chiquillos que acaban de descubrir el amor! —exclamó.

Se acercó a su madre. Edna sonrió y le dijo algo. Lasham observó que la muchacha daba un respingo y luego se ponía colorada como un tomate.

Shermyn pasó por su lado. El joven lo retuvo por un brazo.

—Doctor, ¿qué tiene la señora Walson?

—¿Qué va a tener, hombre? Es joven todavía y, simplemente, va a tener lo que tienen muchísimas mujeres a su edad. Está perfectamente sana, sus funciones fisiológicas se desarrollan con una actividad plenamente normal... En fin, le va a dar un hermano a Dolly.

—¡Atiza! —dijo Lasham, sin poder contenerse.

Miró a la muchacha. Ella parecía incómoda y desvió sus ojos. Lasham ocultó una sonrisa.

El pintor volvió a lanzar un estridente alarido:

—Eso será mi próximo cuadro, pese a lo que puedan decir los críticos pedestres que maltratan mis obras, sin comprender la sublimidad del arte que hay en cada una de mis pinceladas. Esos críticos son como las vacas: comen hierba, pero no saben qué es lo que comen. Así les pasa con mi pintura: ven colores, pero no ven un arte que perdurará a través de los siglos, cuando no sean ya ni siquiera ceniza confundida con el polvo. Algunos querrían matarme, lo sé; pero yo triunfaré siempre con ellos, con la ayuda de este bastón mágico, que es planta motriz que me proporciona la energía necesaria para desarrollar plenamente mi pintura. Algunos, también, han proclamado a los cuatro vientos que me quitarán el bastón para desposeerme de la

inspiración. ¡Este bastón es mío y nadie me lo quitará! —tronó Torelli.

La gente que le escuchaba sonreía y se divertía con aquel absurdo discurso. El pintor pareció darle fin con un fuerte golpe de la contera del bastón contra la roca.

—¡Sí, mi bastón mágic...

Algo interrumpió bruscamente al pintor.

Un delgado chorro de fuego brotó de la parte superior del puño del bastón, a la vez que se escuchaba una seca detonación. Torelli se puso rígido, con los ojos muy abiertos, llenos de una sorpresa absoluta.

Las voces y las risas cesaron de inmediato. Torelli aparecía rígido, inmóvil como una

estatua, en medio de un silencio absoluto.

Una mujer lanzó repentinamente un agudísimo chillido. Pareció como una señal y el pintor se venció hacia adelante. Dando una enorme voltereta, cayó en el primer tramo de la cascada. Luego, la corriente lo arrastró hasta el remanso más próximo, en donde quedó flotando boca arriba, con los brazos y las piernas extendidos en una macabra aspa.

Todos los presentes parecían petrificados. De pronto, alguien exclamó:

—¡Es un truco más de ese pintamonas!

La tensión empezó a relajarse. De pronto, Lasham observó algo que le hizo fruncir el ceño. Sin preocuparse de su indumentaria, se lanzó al agua.

Los pies le llegaban al suelo sin dificultad. Se acercó a Torelli y lo agarró por un brazo. El agua lavaba la sangre que brotaba del orificio que tenía bajo el mentón.

Dolly le miraba expectantemente. Al cabo de unos segundos, Lasham, con el agua al pecho, empezó a remolcar el inerte cuerpo del pintor.

—Será mejor que alguien llame a la policía —dijo—. ¡Torelli está muerto!

* * *

Más tarde, ocurrió un incidente misterioso. Lasham lo comenté con Dolly al día siguiente.

—El bastón de Torelli desapareció y no ha podido ser hallado —dijo.

—Por lo visto, era un arma mortífera. ¿Lo sabía él?

—No puedo contestarte. Pero de una cosa sí estoy seguro, Dolly.

—Dime, Gene...

—Torelli murió a causa de la bala calibre veintidós que se le incrustó en el cerebro, después de penetrar bajo el mentón. El bastón era como un fusil cargado, que podía dispararse mediante la acción de un fuerte golpe contra el suelo. Quizá él lo tenía como arma defensiva o tal vez le prepararon esa trampa. Se sabe que, en ocasiones, Torelli solía golpear el suelo fuertemente con el bastón, apoyando así sus disparatadas afirmaciones.

Anoche pudimos verlo con toda claridad. Bueno, el caso es que, supiera o no que había una bala y un mecanismo de disparo en el bastón, éste ha desaparecido, lo cual significa una cosa: el asesino asistió a la fiesta.

Dolly lanzó una exclamación de asombro.

—No me lo puedo creer —dijo—. Todos los invitados eran personas distinguidas, de conducta irreprochable...

—También se creía eso de Gifford. Y recuerda el incidente de Hoppelt. No, Dolly, allí había gente que no tenía la conciencia muy limpia, aunque, eso sí, es de suponer que fuesen sólo una exigua minoría. Pero el asesino, no hay duda, figuraba en esa minoría.

—Si hizo desaparecer el bastón, fue para eliminar pruebas que pudieran acusarle.

—No cabe la menor duda. Dolly, ¿qué ánimos tienes para ir a hablar con Houghton?

—No me siento muy bien, Gene. Tendrás que disculparme...

Lasham sonrió. Dolly no le veía porque hablaban a través del teléfono. Podía permitirse

aquel silencio comentario sobre la situación de la muchacha.

—Está bien, te llamaré en otro momento.

Colgó el teléfono y se puso a pensar. ¿Quién de los asistentes a la

fiesta era el asesino?

¿Por qué había matado a Torelli?

Una cosa parecía cierta: el asesino conocía perfectamente las costumbres del pintor y sabía que, con cierta frecuencia, golpeaba el suelo con la contera del bastón. Eran golpes bastante fuertes, no como los que podía dar al caminar normalmente, tocando el suelo con suavidad.

Pero si el bastón había desaparecido, ello significaba una cosa de forma indubitable: el asesino había asistido a la fiesta.

De pronto, se le ocurrió una idea. Sin embargo, se dijo que resultaría conveniente informar a Dolly de sus propósitos. El consejo de la muchacha sobre el asunto, estimo, podría resultar de interés.

Inesperadamente, sonó el teléfono.

—Lasham —dijo, tras levantar el aparato.

—Hola, Gene —sonó una voz de cálidos tonos—. Soy Sybil Sharpe. Espero que no te hayas olvidado de mí.

—Por supuesto. Eres una chica difícil de olvidar. ¿Puedo serte útil en algo?

Sybil emitió una risa baja, acariciadora.

—En todo caso, soy yo la que puede resultarte útil. ¿No recuerdas lo que hablamos sobre tu posible actuación en el cine?

—¡Sybil, aquello fue una broma! —protestó Lasham.

—Nada de eso. Hablaba muy en serio. ¿Por qué no vienes a mi oficina y tratamos el asunto en... profundidad?

Aquellas palabras hicieron pensar mucho al joven. «Esa lagarta tiene ganas de una aventura», se dijo. La verdad era

que se trataba de una mujer muy hermosa. ¿Por qué no acceder a su petición?

De repente, le ocurrió la idea de que Sybil, por su profesión, tenía que conocer a mucha gente. Sería interesante obtener detalles de ciertas personas que tal vez tenían relación con el caso Nayland. Y quizá Sybil sabía también algo sobre el pintor y sus relaciones amistosas y

profesionales.

Pero antes quería hacer algo que estimaba tenía cierta prioridad sobre la entrevista con Sybil.

—Hoy me será imposible —respondió al cabo—. Tengo unos compromisos ineludibles...

¿Mañana? Dime tú misma la hora...

—A las cuatro. Para entonces, ya he terminado mi trabajo normal y podré atenderte sin premuras de tiempo.

—De acuerdo. Mañana a las cuatro, Sybil.

—No me faltes —rogó ella.

—Sólo la destrucción del planeta Tierra impediría acudir a la cita —contestó Lasham con una metáfora lo suficientemente exagerada para halagar la vanidad de Sybil.

CAPITULO VI

Lasham y la muchacha se encontraron después de las diez de la noche, a unos quinientos metros de la residencia de los anfitriones de una fiesta que había tenido un trágico final.

Lasham oprimió afectuosamente las dos manos de Dolly.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Figúrate. Si no estuviéramos en un lugar casi sin luz, me verías pálida, descolorida...

Lasham rió suavemente.

—¿Tanto te ha afectado la noticia?

—¡Caramba, Gene! Encontrarme con un hermano a estas alturas —protestó ella.

—¿Y qué? Es algo perfectamente natural. Muchas mujeres conciben hijos a edad aún más avanzada que la de tu madre. Según me dijiste ayer, tiene sólo treinta y ocho años...

Y, lo más importante de todo: ella y su esposo, siguen tan enamorados como el primer día. ¿No es verdaderamente hermoso?

Dolly sonrió de mala gana.

—No, si a última hora, acabarás por convencerme...

—Cuando llegue tu hermanito, tú te sentirás infinitamente contenta, ya lo verás. Un hijo tardío siempre trae buena suerte a toda la familia, Dolly.

—¿Quién te ha dicho eso, Gene?

—Lo oí hace muchos años. Conozco un par de casos semejantes y he podido apreciar que el refrán ha resultado plenamente efectivo.

Era una mentira, claro, pero quería levantar el ánimo de la muchacha. En el fondo, pensó, se sentía celosa de que alguien viniera a quitarle parte del afecto de su madre. No lo

sabía, pero era un comportamiento lógico en semejantes circunstancias.

—Y a propósito, ¿qué dicen tus padres, Dolly?

—Están contentísimos. Como si acabasen de casarse y fuese su primer hijo —respondió ella, todavía un tanto despechada.

Lasham la agarró por un brazo y la empujó suavemente hacia adelante.

—Si ellos están satisfechos, lo demás no tiene importancia —dijo—. Y acabarás por querer a tu hermano como si hubiera nacido un año después que tú. Pero creo que debemos dejar este tema a un lado. Parece que mi idea de registrar el jardín de los Tremmen no te ha disgustado del todo.

—Es buena, pero no sé si tendremos suerte...

—En primer lugar, el bastón no ha aparecido. Los Tremmen han cerrado la casa, después de lo ocurrido anoche. Ni siquiera se ha quedado el servicio Y es que después de ver a Torelli muerto, no resulta agradable seguir viviendo en la misma casa, al menos durante unos cuantos días.

—Pero ¿crees que podemos encontrar el bastón?

—Es posible. Mira, el asesino no se lo llevó, esto es indiscutible. Había un batallón de policías y se nos registró a todos antes de abandonar la casa, en vista de que el bastón no aparecía.

—He oído las noticias por la radio. La policía ha buscado en el fondo de los estanques.

Incluso cortaron el agua y detuvieron el mecanismo de la corriente artificial, buscando hasta en los túneles de la conducción. El bastón no está, Gene.

Lasham sonrió.

—Perdona, pero tengo una teoría sobre el particular y quizá pueda justificarla más

tarde —dijo.

—¿Cuál es la teoría?

—Lo sabrás luego, tanto si encuentro el bastón como si no. Ahora tenemos un problema: ¿cómo entrar en la residencia de los Tremmen?

—Saltando por la tapia, claro.

—¿No habrá alarmas?

—Es una tapia muy alta. Además, Doris Tremmen se habrá llevado sus joyas, que es lo importante... Tienen cuadros de mucho valor, pero los guardan en otra casa, desde que cierto invitado, en una ocasión, borracho perdido, rajó una de las telas con una copa rota.

Aquí viven durante el buen tiempo, dan fiestas... y si se rompe algo, no se pierde gran cosa.

—Bueno, siempre es un alivio saber que no vamos a tener demasiadas dificultades para entrar en el recinto.

* * *

Salvaron la tapia sin problemas. Había luna casi en plenitud y el jardín, sin luces y solitario, sin el rumor de la cascada artificial, ofrecía un aspecto deprimente.

A pesar de todo, Lasham había llevado consigo una linterna, considerando que podía resultarle útil. Una vez en el interior, condujo a la muchacha hasta las inmediaciones del punto más elevado del roquedal.

—Torelli se situó ahí, en la cumbre. Cuando recibió el disparo, cayó hacia adelante. La corriente lo arrastró hasta el próximo remanso y yo

me acuerdo muy bien de que el bastón no flotaba en el agua.

—Pudo haberse hundido...

—No, al menos inmediatamente. El puño era hueco y no de oro ni las piedras de adorno eran auténticas. Aunque todo él fuese de metal, puesto que estaba hueco, debería haber permitido su flotación durante unos momentos. Y lo habría visto, estoy seguro de ello.

—Muy bien. Entonces, ¿qué pasó?

—No puedo precisarlo exactamente, pero, en mi opinión, sucedió de la siguiente manera: Torelli golpea la roca con la contera y el bastón se dispara. El lo suelta, naturalmente, incluso antes de caer, y el bastón, al no estar sujeto, cae también, pero en sentido contrario.

Lasham golpeó la hierba con el pie.

—Aquí, justamente, en la base de las rocas —añadió.

—Eso significa que el asesino estaba en este lugar, aguardando a que se produjera el disparo fatal.

—No necesariamente, Dolly —contradijo él—. Cuando Torelli cayó, se produjo una gran confusión. Ahora bien, el asesino observaba la escena, con la vista fija en el bastón. La atención de los espectadores se centraba en la víctima. Entonces, él, tranquilamente, vino por detrás y escondió el bastón, sin que nadie se percatara de lo que hacía.

—¿Y si el bastón hubiera caído al agua?

—Entonces, se habría tirado conmigo para atender a Torelli. Yo no me ocupé del bastón, puedes tenerlo por seguro. Pero él lo habría lanzado sobre la hierba que hay en las inmediaciones del primer estanque. Luego, habría repetido la operación...

—Lo cual demuestra que el asesino posee una enorme sangre fría.

—Puesto que había programado el crimen, por así decirle, esperaba que sucediese exactamente lo que había ideado y entonces obró en consecuencia.

—Cierto —admitió ella—. Y el bastón está... ¿dónde, Gene?

—Posiblemente, lo tenemos delante de las narices, pero no sabemos verlo.

Dolly hizo un gesto de sorpresa.

—¿Está a la vista... y no lo vemos?

—Querida, si tú quieres esconder una sandía, no la pondrás en un armario o en un cajón, sino en un montón de sandías, ¿verdad?

—Vaya una comparación —resopló la muchacha—. Sandías y bastones... pero aquí no se ve nada que parezca esta especie de báculo que usaba Torelli.

Lasham no contestó. Sus ojos estaban fijos en unos faroles situados en las inmediaciones de las rocas que bordeaban los estanques ahora vados.

Eran unos faroles de hierro forjado, con lámparas en forma de prisma truncado. No eran demasiado altas y la luz quedaba aproximadamente a la altura de la frente del joven.

De pronto, echó a andar. Para ver el interior de la lámpara, se agachaba en cada ocasión. Cuando llegó al tercer farol, vio algo que le hizo sonreír.

Elevó las manos y forcejeó con la linterna de hierro, provista de cristales translúcidos.

Ejecutó un cuarto de vuelta y la lámpara se separó sin dificultades.

Dolly lanzó una exclamación de asombro:

—¡No hay bombilla!

Lasham alargó la mano y la metió en el interior del tubo. Dolly vio surgir instantes después el fantasioso bastón, que se había convertido tan inesperadamente en un arma mortífera.

—Tenías razón —dijo—. El bastón estaba escondido... casi a la vista.

—El sitio mejor para esconder una cosa larga, cilíndrica y hueca, es otra cosa larga, cilíndrica y hueca —sonrió Lasham—. Y así, ahora, podremos saber en qué consiste una escopeta que parece un bastón.

—Gene, me pregunto si el asesino tenía ya planeado su crimen. En casa de los Tremmen, por supuesto.

—Posiblemente. Ya te he dicho que debió de calcular todas las posibilidades. Ni siquiera le hizo falta separar el farol de la columna;

lo único que haría, durante los momentos de confusión, sería quitar la bombilla y así pudo esconder el bastón. Si éste hubiera caído al agua, él habría hecho lo mismo un poco más tarde, indudablemente.

—A los policías no se les ocurrió que podía estar escondido dentro de la columna de soporte de un farol.

—Pensaron que el asesino, tal vez, lo había arrojado por encima de la tapia y hasta calcularon que tenía un cómplice que se lo llevó antes de que llegase el primer agente.

Pero ahora está aquí, lo tenemos en nuestro poder y lo entregaremos a la policía...

—Permítame que dude de lo que acaba de decir —sonó de pronto una voz en las inmediaciones—. Ese bastón no irá a la policía. Me lo llevaré yo.

* * *

Dolly emitió un pequeño grito de susto al oír aquellas palabras. Lasham se volvió y divisó a un hombre a unos seis o siete pasos de distancia.

El desconocido vestía ropas oscuras de pies a la cabeza, incluidas la camisa y la corbata.

Estaba en la zona más oscura y, además, de espaldas a la luna, lo que dejaba su rostro completamente en sombras. Resultaba imposible distinguir el menor rasgo de sus facciones.

—Han sido ustedes muy listos —elogió el desconocido—. Sí, yo escondí el bastón en el interior de ese farol. En realidad, fui preparándolo durante la fiesta, con tiempo y sin prisas. Sabía que el imbécil de Torelli ejecutaría uno de sus números habituales.

—¿Y por eso preparó su bastón?

—Otro bastón exactamente igual al suyo. El auténtico ha sido reproducido, por desgracia, en infinidad de fotografías. No me resultó difícil copiar el original. Y, créanme, modestia aparte, el bastón que yo construí, es mucho más valioso que el auténtico. El puño es de metal sobredorado; el de Torelli, vulgar latón, abillantado con pulimentador de metales.

—Las piedras, supongo, no serán legítimas —dijo Lasham.

—Por favor —rió el desconocido.

Lasham entornó los ojos.

—¿Debo entender tal vez —preguntó—, que hizo el cambio de bastones después de la llegada del pintor?

—Sí, en efecto. Fue una vez al servicio y aproveché la ocasión.

—¿Qué ha sido del bastón original?

—Lo hice astillas. La empuñadura se aplastó sin dificultad; en realidad, se podía abollar con un simple puñetazo. Todo fue a parar a la basura. A estas horas, los restos del bastón estarán ya en algún vertedero, mezclados con toneladas de residuos... Pero, de todos modos, importa poco. Lo interesante es el bastón que usted me va a entregar ahora mismo,

—Por la fuerza —suspiró Lasham, mientras contemplaba la pistola que el desconocido tenía en la mano.

—La fuerza ha sido siempre el más poderoso de los argumentos. Realmente, no quiero hacerles daño a ninguno de los dos. Espero que comprendan mi postura.

Lasham movió la mano con la que sostenía el bastón, pero el asesino hizo un gesto rápido.

—No, no me lo tire al cuerpo, ni siquiera a los pies; dispararía inmediatamente. Déjelo caer, simplemente, y luego retírense una veintena de pasos. Permanecerán quietos, hasta que les permita moverse, ¿entendido?

Lasham abrió los dedos y el bastón chocó silenciosamente contra la hierba. Luego asió la mano de la muchacha y caminó hacia atrás, hasta situarse a la distancia exigida por el asesino.

—Quiero hacerle una pregunta, amigo —dijo el joven de pronto.

—¿Si?

—No podemos verle en absoluto, aunque presumimos que asistió anoche a la fiesta de los Tremmen. ¿Iba disfrazado anoche o lo está ahora?

El asesino se echó a reír.

—Encuentre la respuesta usted mismo —contestó—. Adiós; espero no volver a verles nunca más.

Un segundo más tarde, el desconocido se había perdido en las tinieblas. Dolly, impulsivamente, dio un paso hacia adelante.

—Deberíamos perseguirle...

—Quieta, no cometas imprudencias. Tiene una pistola. No ha querido usarla, por temor al ruido de los disparos, pero si se ve en una mala situación, apretará el gatillo, no te quepa la menor duda.

—Se ha llevado la prueba de su crimen —dijo ella, decepcionada.

—No hemos podido evitarlo, aunque, en el fondo, ha resultado un diálogo muy fructífero.

—No me digas que has averiguado quién es...

—No, pero recuerda la pregunta que le hice. ¿Asistió a la fiesta disfrazado o se ha disfrazado ahora?

—¿Cómo saberlo, Gene?

—Es muy sencillo. El número de invitados era relativamente reducido. Los Tremmen tenían que conocer forzosamente a todos ellos. A mí me veían por primera vez, cierto, pero contaba con vuestra garantía personal.

—Sí, eso es verdad —admitió Dolly—. ¿Y...?

—Estoy por decir que si los Tremmen hubieran advertido algo extraño en algunos de sus invitados, lo habrían declarado así a la policía. Pero no notaron nada en ninguno de nosotros. Y eso quiere decir, con toda probabilidad, que el asesino vino disfrazado.

—Gene, los Tremmen lo habrían notado de inmediato...

—Sí, suponiendo que el disfrazado fuese uno de los invitados. Pero ¿y si fue uno de los sirvientes masculinos?

—Yo conozco a los sirvientes varones de los Tremmen. El mayordomo, el chófer y el jardinero. Pero estos dos últimos no estaban anoche presentes, porque no era su obligación. Los Tremmen no iban a salir y el jardinero ya había terminado su trabajo en el parque. Por tanto, queda el mayordomo, pero lleva muchos años con ellos y, además, yo lo vi atendiendo a los invitados y dirigiendo el servicio.

—Es cierto, yo también lo vi. Pero también tuve ocasión de ver a un *maître* contratado para la ocasión, así como un par de camareros ayudantes. ¿No recuerdas a esos tres nombres?

Dolly se quedó sin aliento.

—¡Uno de los tres es el asesino, Gene! —exclamó.

—Exactamente. Y yo me inclino por señalar al *maître* con el dedo implacable de la acusación. Bonita frase, ¿eh?

—¿Por qué el *maître*, precisamente, Gene?

—Los dos camareros atendían el *buffet* y preparaban los platos que luego servían las doncellas, si uno no se servía por sí mismo. El *maître* lo vigilaba todo, tenía el control del servicio y eso significaba una mayor libertad de acción.

—Creo que tienes razón —dijo ella—. ¿Qué hacemos ahora, avisar a la policía?

—¿De qué serviría? —contestó él con amargura—. Nos llenarían de reproches por no haberles comunicado la sugerencia para encontrar el bastón. Y, de todas formas, ya no se puede hacer nada... excepto interrogar a los Tremmen acerca del personal eventual que contrataron para la fiesta. No sería la primera vez, supongo.

—No, lo hacen siempre que dan una velada... Gene, yo me encargaré de hablar con David Tremmen.

Lasham agarró a la muchacha por un brazo y la empujó hacia la salida.

—Llámame en cuanto sepas algo —dijo—. Ah, y ya pensaremos en el momento mejor para hacer una visita a Houghton. Mañana tengo un compromiso y me será imposible.

Acordaremos otra fecha; ¿te parece bien?

—Sí, es lo mejor —convino la muchacha—. Si les contase a mis padres lo que nos ha pasado esta noche...

—Esto no ha sido un concierto de música, dirigido por Koppevitch, precisamente. No les digas nada —aconsejó Lasham.

CAPITULO VII

Sybil Sharpe residía en un lujosísimo ático, situado en lo más alto de un edificio de veintiséis plantas. Al contemplar la decoración, Lasham pensó que aquello era lo menos parecido a una oficina de contratación de artistas.

—Te extraña, ¿verdad? —dijo ella, al ver la cara que ponía el joven—. En realidad, no necesito un despacho y varias mecanógrafas. Sólo un teléfono, una libreta de notas y un pequeño armario para guardar las fotografías de mis representados. No tengo ninguna tuya, así que te daré las señas de mi fotógrafo preferido; él conoce mis gustos y procurará favorecerte lo más posible.

—Sybil, pero si yo no quiero ser artista de cine...

Ella se echó a reír.

—Vamos, vamos, a nadie le amarga un dulce. Te costará un poco, pero ganarás fama y dinero. Un consejo, aunque eres bastante guapo, haré que empieces con papeles de «ma-lo». Son los más rentables, créeme. Y si no, fíjate en J. R. de *Dallas*, Charles Bronson, Rod Steiger...

Sybil se separó del joven y le miró fijamente durante unos segundos. Lasham empezó a sentirse incómodo.

—Un «malo» guapo —dijo ella al fin—. Un tipo aparentemente dulce y cariñoso, pero un perverso por dentro, que al fin es desenmascarado y sufre una muerte horrible...

Sería un éxito, ¿no cree?

—Seguro —rió él—. Pero antes que llegue ese momento, pasará mucho tiempo, Sybil. Y

yo no puedo esperar tanto.

—¿Por qué no? Tienes todo el tiempo del mundo...

Súbitamente, Lasham abrazó a la joven y la miró al fondo de sus ojos.

—El cine puede esperarme. Yo no puedo esperarte a ti —dijo, ardoroso.

—Esto... parece un asalto en pleno campo, sin nadie a quien pedir socorro...

—¿Tienes intenciones de pedir socorro?

—No me serviría de nada.

Lasham se inclinó para besarla en el hueco del cuello. Sybil se estremeció.

—Quiero pedir socorro, pero no tengo fuerzas...

Ella le había recibido, ataviada con una espectacular túnica de tejidos muy suaves. Lasham empezó a despojarle de la prenda.

—Te estás portando como el malo de la película que había pensado para ti —

suspiró la rubia.

Y, de repente, se encontró transportada en brazos hasta otro lugar del apartamento.

Al cabo de un buen rato, ella se incorporó sobre un codo y le miró sonriendo.

—Creo que voy a variar el argumento de la película.

Lasham se disponía a encender un cigarrillo y sonrió.

—¿De veras?

—Sí, será una película sobre vikingos y tú raptarás doncellas y las violarás...

—¡Ejem! —carraspeó él—. Esa no es mi especialidad, precisamente.

—Pues parecía que no hubieras hecho otra cosa en tu vida.

—En ciertos momentos, me siento incapaz de resistir a la tentación. De todos modos, como suele decirse en algunas películas, al final, «agradecemos su

cooperarán»...

Sybil lanzó una alegre carcajada.

—Sí, lo he hecho con mucho placer. —Saltó de la cama, se puso una bata y se situó frente al espejo del tocador, con el cepillo de pelo en una mano—. Luego te daré la dirección de mi fotógrafo —insistió.

—Ese tipo debería haber estado en la fiesta de los Tremmen —dijo el

joven, agarrando la ocasión por los pelos.

Ella se quedó inmóvil por un momento.

—No resultó agradable —murmuró.

—Pero sí espectacular. Una muerte digna de la comedia que Torelli representaba constantemente. Sybil, ¿se te ocurre a ti alguna idea de los motivos que pudo tener el asesino para matarle?

—No, en absoluto.

El acento de la rubia era un tanto inseguro, apreció Lasham.

—El asesino estaba allí —continuó.

—¿Cómo lo sabes?

—Desapareció el bastón, ¿recuerdas?

—No me había fijado en ese detalle.

—Bueno, pues ya lo sabes. El bastón contenía el cañón de una pistola, con el mecanismo de disparo y un cartucho, naturalmente.

—Un arma infernal —calificó Sybil.

—Todas las armas lo son. A fin de cuentas, se destinan a quitar la vida a las personas.

—Algunas lo merecen.

—¿Como Torelli?

—Gene, éste es un tema muy desagradable. ¿Por qué no hablamos de otras cosas?

Anda, prepara algo de beber; yo saldré en seguida.

—Está bien.

Ella le tendió una toalla y Lasham se envolvió el cuerpo. Sybil le dirigió una ardiente sonrisa.

—No tienes prisa en marcharte —dijo.

—Ninguna —respondió él.

Lasham fue a la sala y buscó el servicio de bebidas. Había hielo y puso cubitos en dos vasos. Luego vertió un poco de whisky en cada uno de los vasos.

El teléfono sonó en aquel momento. Sybil se asomó un instante a la puerta de la sala.

—Contesta tú —gritó—. Di que me están operando de apendicitis.

Lasham sonrió, meneó la cabeza y levantó el auricular. Inmediatamente, oyó una voz suave, lenta, de todos profundos y persuasivos:

—Tienes que hacerlo. No lo demores más. Ya se ha acabado tu estancia en este mundo. Salta, salta... ¡Salta!

Lasham contempló estupefacto el teléfono. Antes de que consiguiera pronunciar una palabra, oyó un «click» al otro lado de la línea y se cortó la comunicación.

Al cabo de unos segundos, se encogió de hombros.

—Nunca faltan chiflados... —masculló.

Sybil salió a los pocos momentos.

—¿Quién era?

—Algún bromista. Dijo que se había acabado tu estancia en este mundo... Debes de tener enemigos, supongo.

—No —respondió ella—. Al menos, no tan enconados que quieran matarme.

Nuevamente observó Lasham cierta inseguridad en la voz de la rubia. Le mentía y, seguramente, tenía motivos para ello. De pronto, pensó que, si se quedaba más tiempo, Sybil podía ceder en sus atenciones hacia él. Era mejor dejarla un tanto insatisfecha, deseosa de un próximo encuentro. Tal vez así, en la siguiente ocasión, se mostraría dispuesta a cooperar.

Dejó el vaso a un lado y se dirigió al dormitorio.

—¡Eh!, ¿adónde vas? —exclamó Sybil.

—Perdona, pero acabo de recordar que tengo una cita muy importante —mintió Lasham.

—¿Una cita? Creí que no tenías prisa... Aún tenemos que discutir el asunto de tu próxima película...

Lasham se volvió.

—En todo caso, sería la primera. Además, no voy a empezar de protagonista.

—Oh, claro que no, pero tengo un papelito en una película que empezara a rodarse la semana próxima... Si lo haces bien, conseguirás papeles más importantes...

—Hablares de eso en otra ocasión. De todos modos, aún no me has dado la dirección de tu fotografía. Escríbela en un papel mientras me visto, ¿quieres?

Sybil se resignó y le entregó la dirección pedida minutos más tarde. Antes de salir, Lasham la besó afectuosamente en una mejilla.

—Como MacArthur, ¡volveré!

Abandonó el apartamento y se dirigió a la planta baja en el ascensor. Tuvo que esperar unos momentos hasta que el aparato llegó al ático. En una ocasión, se volvió, temiendo, aprensivo, que Sybil saliera con un lazo y le obligase a regresar.

Ella sabía mucho más de lo que aparentaba, aunque, mujer experimentada, había sabido disimular muy bien sus sentimientos. ¿Había tenido algo que ver con la muerte del pintor?

Al fin, llegó al vestíbulo. Era amplio, con grandes puertas vidrieras. Cerca de la salida había un hombre con uniforme galoneado. El conserje abrió la puerta, justo en el instante en que fuera se oía un alarido espeluznante.

Algo chocó contra el suelo con horrible estruendo. Un cuerpo humano se aplastó contra la acera y la Sangre salpicó a gran distancia. Una mujer se puso a chillar enloquecidamente al contemplar aquel horripilante espectáculo.

El portero se desmayó. Con ojos morbosamente fascinados, Lasham contempló aquel cuerpo tendido en el suelo. La larga cabellera rubia estaba manchada de rojo en algunos puntos. Inexplicablemente, el rostro de Sybil Sharpe no había sufrido el menor daño, pero Lasham pudo ver en él petrificada una última mueca de infinito terror.

Llamaron a la puerta, pero no oyó nada. Alguien abrió y asomó tímidamente la cabeza.

—Gene...

Lasham estaba sentado en un butacón, con la mejilla derecha apoyada en la mano.

Vio a la muchacha e hizo un leve gesto.

—Entra —invitó.

Dolly terminó de abrir, cruzó el umbral y cerró suevamente a sus espaldas.

—Te he llamado por teléfono varias veces y no me contestabas —manifestó—.

Tampoco respondías cuando llamé a la puerta y ya empezaba a alarmarme. ¿Es que te sucede algo grave? ¿Estás en algún apuro?

Lasham hizo un gesto negativo.

—Perdona, pero estoy muy... No sé cómo explicarte. Es una especie de *shock*. ¿Te has enterado de la muerte de Sybil Sharpe?

—Sí, mamá oyó la noticia por radio y me lo dijo. Se suicidó, creo.

—Vivía en el piso veintiséis, un ático. La vi estrellarse contra el suelo a menos de diez pasos del lugar en que me hallaba.

Dolly lanzó una exclamación de horror.

—Pobrecito —dijo compasivamente—. Comprendo que te encuentres así... Espera un momento; voy a la cocina a hacer café...

—Está ya hecho —indicó él—. Pero no pude pasar un sorbo siquiera.

—Bueno, tienes que empezar a tranquilizarte —sonrió la muchacha—. Ahora regreso, Gene.

Dolly volvió momentos más tarde y se arrodilló frente al butacón, sentándose luego sobre los talones.

—Vamos, desahógate —dijo afectuosamente—. Contar las penas a

alguien alivia mucho, según dicen.

Lasham lanzó un hondo suspiro. Bebió un poco de café y dejó la taza a un lado.

—Estuve con Sybil. Ella estaba segura de convertirme en un buen artista de cine. No compartía sus opiniones, pero fui a verla, porque sabía que tenía que conocer a mucha gente y esperaba adquirir informes. Sabía algo, desde luego. Cuando mencioné la muerte de Torelli, la vi nerviosa, inquieta, a pesar de que trataba de disimularlo. Decidí que hoy no conseguiría más y anuncié que iba a marcharme, con el falso motivo de una cita importante. Pensé que, si volvía otro día, la encontraría más propicia para hablar,

¿comprendes?

Dolly hizo un gesto de asentimiento.

—Sí. Continúa, por favor.

—Bueno... —Lasham titubeó un poco, porque no quería dar detalles de ciertos aspectos de la entrevista con Sybil—. Ella... ella fue a buscar hielo al refrigerador...

Entonces sonó el teléfono y me indicó que contestase a quien fuera que no estaba en casa. Bueno, dijo exactamente que respondiera que la estaban operando de apendicitis.

Un rasgo de humor, claro.

—No querías que os molestaran —adivinó la muchacha.

Lasham se puso colorado.

—Eres muy hermosa...

—No es preciso que sigas; me lo imagino sin dificultad.

Pero continúa, por favor. ¿Era alguien importante? Me refiero a la persona que llamaba por teléfono.

—No lo sé. Tenía una voz misteriosa, baja, profunda... Parecía provenir del fin del mundo... Más o menos, dijo así:

«Tienes que hacerlo. No te retrases. Ha llegado el fin de tu estancia en este mundo.

¡Salta, salta!»

Dolly se sentía estupefacta.

—¿Eso dijo el que llamaba?

—Puedo jurártelo. Ni siquiera me dio tiempo a hablar a mí. Pensé que sería un chiflado y así se lo dije a Sybil. Luego me marché y, cuando ya iba a cruzar la puerta de la calle, ella cayó desde lo alto a la acera.

La muchacha sintió un escalofrío.

—¿Se tiró ella o la arrojaron?

—Suicidio —dictaminó Lasham—. Así lo dice la policía también. Naturalmente, tuve que declarar, pero, imagínate, podía haberme visto en un compromiso si ella se hubiese lanzado a la calle, estando yo en su apartamento. Por fortuna estaba ya junto al portero...

—¿Tenía motivos para suicidarse?

—¿Cómo saberlo, Dolly? ¿Los tenía Gifford?

Ella guardó silencio unos momentos. Luego dijo:

—Estaba pensando en que esto parece una epidemia. ¿Recuerdas?, vimos a Gifford lanzarse contra el coche, después de gritar que no quería morir. Pero hace algunas semanas, Randolph Vinceton también se suicidó, delante de su propia esposa. La señora Vinceton le oyó gritar que no quería morir y, sin embargo, se voló la cabeza de un tiro.

—Esto es muy extraño —comentó el joven—. Una epidemia de suicidios... Vinceton, Gifford, ahora Sybil Share... Pero la muerte de Torelli no encaja en este asunto y, sin embargo, sospecho que está relacionada con las otras muertes.

—Gene, si no te importa que te lo recuerde, habíamos acordado hablar con Houghton y eso es algo que hemos ido demorando quizá perjudicialmente.

—Muy bien, iremos mañana sin falta. Te esperaré a las diez de la mañana en la puerta de tu casa.

—De acuerdo.

—Y luego, si nos queda tiempo, iremos a visitar a Milton Swearth.

—¿Quién es ése?

—El fotógrafo de Sybil. Cuando ella tenía que enviar fotografías de un artista, Sewarth se encargaba de ello. Sybil no necesitaba oficinas ni apenas archivos. Así reducía gastos,

¿comprendes?

—Desde luego. Primero Houghton, luego Swearth... Ah, hablé con los Tremmen sobre el *maître* contratado para la fiesta.

—¿Y bien?

—Nunca lo habían visto. Se lo envió la agencia a la cual recurren habitualmente, cuando

necesitan un servicio suplementario. ¿Recuerdas tú al *maître*, Gene?

—Vagamente. Un tipo alto, medio calvo, cortés...

—Apostaría algo bueno a que fue el que nos quitó el bastón-pistola.

—Sí, yo también pienso que fue él. Dado su puesto en la fiesta, no tenía necesidad de permanecer constantemente junto al *buffet*. Podía moverse libremente...

—Y en una de éstas, cambió el bastón y Torelli ejecutó su última pirueta —concluyó Dolly.

CAPITULO VIII

Cliff Houghton era un hombre de unos cuarenta y cinco años, fornido, de mandíbula saliente y ojos de hielo. En la puerta de su oficina había un rótulo que expresaba su profesión: asesor financiero. Al verle, Lasham pensó que era de la clase de tipos que agarraban un dólar de plata y lo estrujaban hasta convertirlo en una bola de metal irreconocible.

—Nunca esperé que la hija de Frank Hobbs viniera a verme algún día —sonrió Houghton—. Su padre, señorita, ya tiene sus propios asesores...

—No hemos venido a verle por cuestión de negocios —replicó la muchacha—. Es un asunto muy distinto.

—Tal vez el caballero quiera utilizar mis servicios, sin recurrir a los abogados del señor Hobbs.

—Tampoco —dijo Lasham—. Y no vamos a perder el tiempo en rodeos. Hemos venido a hablar del caso Nayland.

La sonrisa desapareció inmediatamente del rostro de Houghton.

—Ah, el caso Nayland —repitió.-

Guardó silencio unos momentos. De pronto, se levantó, fue hacia la ventana, juntó las manos a la espalda y se puso a contemplar el paisaje.

Lasham y Dolly intercambiaron una mirada. Sí, se dijeron sin palabras, Houghton conocía el caso Nayland.

Al cabo de un minuto largo, Houghton se volvió hacia sus visitantes.

—Señor Lasham, ¿quién le ha dicho a usted que yo puedo facilitarles detalles sobre ese asunto? —preguntó—. Me interesa saber el nombre de la persona que le citó mi nombre en relación con un desgraciado suceso que se produjo hace casi diez años.

—¿Tuvo usted alguna intervención en el caso?

—No —contestó Houghton rotundamente—. Podía haber participado en el asunto, pero me marché muy temprano. Quiero decir que me fui cuando ya... la atmósfera se iba caldeando... Pero le he hecho una pregunta y usted no me ha contestado.

—Joe Mitscher. Fuimos compañeros de Universidad.

—Le conozco. Hace tiempo, tuvimos negocios comunes. Seguimos relacionándonos a pesar de todo.

—El fue quien mencionó su nombre y me aconsejó que viniera a verle.

—Y usted, señorita Hobb, ¿qué interés tiene en este caso?

—Vi a Gifford tirarse al paso de un coche. Era muy amigo de mi padre. Cuando el señor Lasham me dijo que la reputación de Gifford no era lo que parecía y luego le mencionó a usted, sentí curiosidad por conocer detalles del asunto, eso es todo.

Houghton hizo una profunda aspiración.

—Ocurrió, como he dicho, hace casi diez años. Fue durante una fiesta, una reunión entre amigos. Uno de ellos había tenido grandes éxitos en las finanzas y nos reunió a sus mejores amigos para celebrarlo.

Contrató algunas chicas... Bueno, ustedes ya se imaginan cuál era su papel en la fiesta.

»Personalmente —continuó el hombre—. no soy un mojigato y me gusta divertirme como al que más. Pero llegó un momento en que vi que la fiesta tomaba derroteros poco agradables. Ya no se trataba de cenar, tomar unas copas de más y luego escapar a una

habitación con alguna de las chicas. De ellas, tres o cuatro se marcharon; tampoco les gustaba el ambiente. Y, sinceramente, no vi lo que sucedió después.

—Pero lo sabe.

Houghton asintió.

—Me lo contó Vinceton algunos días después. Estaba aterrado, temiendo lo acusaran de homicidio. No lo había hecho él, pero estaba presente, no se opuso y... El asunto, sin embargo, no llegó a tener trascendencia pública.

—Bueno, pero ¿qué pasó? —preguntó Dolly, impaciente.

—Myrtle Nayland quiso marcharse también. Algunos de los invitados se sentían furiosos por la desertión de varias de las chicas. Una de ellas la hizo volver a viva fuerza, cuando Myrtle estaba a punto de ganar la salida. Luego, uno de los invitados la cogió en brazos.

Dijo que la iba a tirar al agua para que se refrescase un poco... Estaban en el jardín y había piscina...

—Y se ahogó —supuso Lasham.

—No. Myrtle cayó en mala postura, precisamente en la zona de menor profundidad.

Entró de cabeza y la frente se le abrió de sien a sien.

Dolly no pudo evitar una exclamación de horror. Houghton parecía muy alterado y se levantó para servirse un trago.

—Si desean beber... —invitó con voz ronca.

—No. Siga, se lo ruego —pidió el joven.

Houghton despachó la bebida de golpe.

—Vinceton me lo contó días más tarde. No solía beber, pero estaba aterrorizado ante las posibles consecuencias y se emborrachó. Pero ya había quien se había encargado de arreglar el asunto. Vacío la piscina y dejó el cuerpo de Myrtle en el mismo sitio donde había caído. Luego contaron a la policía que ella, excitada por el alcohol, se había lanzado a la piscina, sin reparar en que no había agua.

—Debo presumir —dijo Lasham—, que Gifford fue también uno de los asistentes a la fiesta.

—Sí. Estaban también Craig Hoppelt, Torelli, que entonces no tema renombre alguno...

—Antes ha mencionado una mujer que retuvo a Myrtle cuando ya se marchaba y la obligó a regresar. ¿Sybil Share?

—Sí. Entonces no había alcanzado su posición actual. Para decirlo con toda claridad, era una profesional, aunque no callejeaba. Atendía llamadas por teléfono.

—Comprendo. Señor Houghton, estos suicidios parecen una venganza de alguien que estaba relacionado con Myrtle ¿Se imagina quién puede ser?

—Su esposo.

—¿Su esposo... y ella se dedicaba a la prostitución? —respingó Dolly.

—

—No. Creo que Sybil la convenció de que asistiese a la fiesta. Una reunión entre amigos. Su esposo estaba ausente y ella, un tanto aburrida, con ganas de divertirse, accedió. Sybil nunca le dijo lo que iba a pasar; es más, yo creo que era la... la «directora»

y cobraba una comisión por llevar chicas. Luego se dedicó a contratar artistas...

—Así que el esposo de Myrtle ha decidido vengarse de los que considera culpables de la muerte de su esposa. Pero si se trata de suicidios, no se le puede acusar de asesinato.

Aunque la muerte de Torelli sí entra en esa definición.

—En todo caso, es una venganza muy sutil, enormemente refinada —calificó Houghton—. Yo pienso que Nayland induce al suicidio a los que considera culpables de la muerte de su mujer. Cómo lo consigue

es- algo que no alcanzo a comprender, pero pienso que es la única respuesta al enigma de sus muertes.

—¿Ha recibido usted alguna amenaza?

—No —respondió el hombre tajantemente—. Ya he dicho que me marché mucho antes de que se produjera aquel trágico suceso. Sinceramente, no me siento responsable de lo que ocurrió, salvo de haber callado todos estos años. Pero he sentido remordimientos de conciencia en más de una ocasión... ¿Saben?, yo también estuve enamorado de Myrtle Nayland. Era muy joven, fina, delicada como una figurita de porcelana... Murió en la flor de la edad, quizá por su misma inconsciencia, al no saber quedarse en casa...

—¿Conocía usted a su esposo?

—No, nunca lo vi. Ella me anunció un día que iba a casarse. La vi muy enamorada y me dije que no podría competir con el hombre a quien amaba. Sí, supe su nombre, pero eso es todo.

—Gracias, señor Houghton —dijo el joven—. Lamentamos infinito haber traído a su memoria amargos recuerdos. Pero creo que teníamos que hacerlo.

—Me he desahogado bastante —sonrió Houghton—. Casi soy yo el que tiene que darles las gracias.

Los dos jóvenes se pusieron en pie. De pronto, Dolly hizo un gesto con la mano.

—Una última pregunta, por favor. ¿Dónde se celebró esa fiesta?

Houghton miró a la muchacha fijamente.

—Señorita, temo mucho que mi respuesta no le ha de gustar en absoluto —dijo.

—¿Por qué? ¿Acaso piensa que me voy a impresionar más de lo que estoy?

—Vamos, dígaselo —le apremió Lasham.

—Está bien. La fiesta se celebró en la casa de su padre, señorita Hobbs —declaró Houghton.

Dolly se sentía a punto de estallar en un ataque de histerismo.

—Mi propio padre... Cómplice de un asesinato, si no fue él mismo quien tiró a Myrtle a la piscina... —gimió en el interior del coche, terriblemente afligida.

—Procura tranquilizarte —aconsejó el joven—. Tal vez tu padre no hizo nada.

—Pero estaba allí. Permitió que la fiesta se celebrase en su propia casa...

—Sin duda, tendrá alguna explicación satisfactoria que darte. ¿Por qué no esperas hablar con él?

—¿Me dirá la verdad, Gene? —receló la atribulada muchacha.

—¿Por qué no? A estas alturas, y sabiendo lo que pasó, no tendría sentido tratar de engañarte. Además, puedes obligarle a que sea sincero contigo.

—¿Cómo? No se me ocurre ninguna idea... Me siento destrozada, completamente desmoralizada... Siempre creí que era el mejor hombre del mundo...

Lasham pasó un brazo por los hombros de la muchacha.

—Voy a darte un consejo. Lo mejor será que tengas una explicación franca y sincera con él. Cuéntale lo que sabes y exígele respuestas claras, sin evasivas. Recuerda a Houghton, le ha costado un poco, pero, al fin, ha contado todo lo que sabía sobre el caso Nayland.

Dolly inspiró profundamente.

—Sí, es lo mejor —convino—. Iré a verle ahora mismo... ¿Por qué no me acompañas tú también, Gene? Me gustaría hablar con él en su oficina, para que mamá no sepa nada...

—Quizá está ya enterada de lo ocurrido —apuntó él—.

En todo caso, hemos podido ver que le ha perdonado aquel pecadillo.

—¡Pecadillo! —explotó la muchacha—. Murió una joven inocente...

—Bueno, bueno, aguardemos a sus explicaciones. Y, de todas formas, antes de ir a ver a tu padre, me gustaría hacer una cosa.

—¿Qué, Gene?

—Hemos de hablar con Swearth, el fotógrafo de Sybil. Lo habíamos acordado y, además, puede añadir otros detalles. Quizá de este modo puedas comprender mejor a tu padre y disculparle por completo.

—O acusarle —dijo ella hoscamente.

—Nunca tires la primera piedra, Dolly —dijo él, con acento sentencioso—. Antes de acusar a una persona, oye su versión de los hechos.

—Está bien. Vamos a ver primero a Swearth y luego a mi padre. No pienso concluir el día sin saber qué papel pudo tener mi padre en aquel desgraciado suceso.

Pero no pudieron hablar con Swearth, por una razón muy sencilla; estaba muerto.

Le habían pegado un tiro en medio de la frente. Su estudio estaba completamente revuelto y los archivos esparcidos por todas partes. Había millares de fotografías dispersadas y se adivinaba sin dificultad que el asesino buscaba algo que podía comprometerle.

¿Lo había encontrado?, se preguntó Lasham.

CAPITULO IX

Frank Hobbs se levantó de su mesa inmediatamente, apenas vio entrar en el despacho a los dos jóvenes.

—Cuánto me alegro de verles —declaró efusivamente—. Celebro que hayan venido tan a tiempo: ya iba a marcharme a casa... Precisamente, Dolly, iba a pedirte que llamasess al señor Lasham para invitarle a cenar con nosotros; tengo que hablar con él de negocios.

Dolly arqueó las cejas.

—No sabía que tuvieras que hablar con él de asuntos financieros, papá —contestó, sorprendida.

—En el momento actual me encuentro sin trabajo —dijo Lasham.

—Bueno, yo puedo echarle encima de sus hombros más del que pueda soportar —

exclamó Hobbs jovialmente—. ¿Una copa, muchacho? A ti, Dolly, no

te digo nada, porque sé que no te gusta beber a estas horas...

—Puede que lo estés necesitando, papá —dijo ella incisivamente.

Hobbs miró sorprendido a su hija, pero no hizo el menor comentario. Fue a una especie de armario, abrió las puertas y empezó a sacar las copas.

—Señor Lasham... Bueno, si me permite, le llamaré Gene. como hace mi hija.

—Se lo agradeceré —respondió el joven.

— Bueno, lo que yo quería decirle es...

—Papá. Gene y yo no hemos venido a hablar de negocios contigo, sino de algo mucho más serio.

Hobbs se volvió hacia la pareja, muy intrigado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué ponen esas caras tan serias? ¿Ha ocurrido algo grave? Dolly, hija, no rae digas que le ha pasada algo a tu madre...

—Mamá está perfectamente bien. Myrtle Nayland no puede decir lo mismo, por desgracia.

Hubo un instante de silencio.

—¡Ah, conque es eso! —dijo Hobbs al cabo—. Pobre chica, fue una terrible desgracia...

—Fue un asesinato, papá.

—¡Hija! ¿Qué diablos estás diciendo? Myrtle estaba borracha y se tiro de cabeza a la piscina, sin darse cuenta de que estaba vacía.

Dolly se volvió hacia el joven.

—Sostiene la misma teoría que sus cómplices, Gene —se lamentó.

—Pero, ¿qué demonios pasa aquí? —tronó Hobbs—. ¿Es que mi propia hija me va a acusar de la muerte de una estúpida, que no sabía lo que hacía cuando tenía en el cuerpo unas cuantas copas de más? ¡Por el amor de Dios, Dolly, procura ser más sensata! Yo no tuve nada que ver con aquel desgraciado accidente, créeme.

Ella fue a hablar, pero Lasham extendió una mano.

—Dolly, permite que tu padre se explique. Acordamos que le pedirías una explicación sincera y veraz. Déjale que hable, por favor.

—No tengo más que contar —gruñó Hobbs—, Fue un accidente, eso es todo.

—Veamos, señor Hobbs —dijo Lasham—. Usted asegura que es un accidente. Los informes que tenemos aseguran se trató de un homicidio. Involuntario, eso sí se puede

afirmar, a pesar de que Dolly lo califique de asesinato. Pero usted tuvo que ver lo que sucedió...

—¿Que yo tuve que ver lo que sucedió? —se asombró el padre de Dolly—. Pero si no estuve en esa fiesta. Ni siquiera me invitaron.

—¿Es cierto eso, papá? —gritó Dolly.

—Hija, tu madre, tú y yo nos habíamos ido a esquiar a Aspen, en Colorado. Recuérdalo, acababas de cumplir los doce años y decidimos celebrarlo. Y, por cien mil demonios, tampoco se celebró esa maldita fiesta en mi casa.

—Pero Houghton dice...

—Houghton estaba equivocado. La casa me había pertenecido y la había vendido apenas un par de semanas antes. La operación no se había hecho pública, pero ya estaban firmados todos los documentos. Nosotros nos habíamos trasladado a la residencia de Palm Beach mientras terminaban de arreglarnos nuestra nueva casa, la que ocupamos actualmente.

De pronto, Hobbs se interrumpió y miró alternativamente a los dos jóvenes.

—¿Quién les ha dicho que fue un homicidio? —preguntó.

—Houghton. Se lo contó Vinceton —dijo Lasham.

Hobbs se sentó de golpe en su sillón.

—Siempre creí que se trató de un accidente —murmuró—. Así me lo contaron entonces y no tenía motivos para dudar de la palabra de mi informador. Por supuesto, pensé que era un asunto desgraciado, aunque no me consideraba culpable en absoluto. Ni había tomado parte en la fiesta, ni ésta se celebraba en mi casa... ni, aunque me

hubiesen invitado, habría asistido a esa reunión.

De pronto, Dolly se sentó en una silla y rompió a llorar.

—¿Qué le pasa? —preguntó su padre, asombrado.

Lasham sonrió comprensivamente.

—Es una reacción lógica. Le creía a usted un asesino y ahora ve que es inocente. Trate de entenderla, por favor.

Hobbs se levantó, dio la vuelta a la mesa y rodeó con un brazo los hombros de la muchacha.

—Hijita, no te aflijas... Tú tenías derecho a pensar así, puesto que las apariencias estaban contra mí. Vamos, vamos, no llores más; todo ha pasado...

—Es que... —hipó ella—, no sé si algún día... podrás perdonarme que haya pensado tan mal de ti...

Lasham se deslizó prudentemente hacia la puerta. Hobbs agitó una mano.

—Hablaremos de negocios en mejor ocasión, muchacho.

—Sí señor, cuando usted guste. ¡Ah, una cosa, por favor!

— Dígame, Gene.

—¿Quién le compró la casa?

—Hoppelt. El fue quien dio la fiesta que terminó de tan mala manera.

—Gracias, señor Hobbs. Adiós, Dolly.

Ella hizo un leve gesto con la mano. Lasham le dirigió una sonrisa de ánimo y salió.

Fuera del despacho, respiró aliviado. Dolly se habría visto en graves conflictos con su conciencia, si su padre hubiese tenido algo que ver con el caso Nayland.

Afortunadamente, no había sido así.

«De modo —pensó—, que Hoppelt fue el que le compró la casa y convocó la reunión.

Hoppelt ha sido amenazado también y... Parece indudable que el esposo de Myrtle quiere venganza, pero ¿por qué ha tardado casi diez años en iniciar su venganza? Además, ¿qué diabólicos medios emplea para inducir a la gente al suicidio?»

Tenía muchas más preguntas cuyas respuestas deseaba saber. Swarth había sido asesinado. ¿Qué sabía el fotógrafo de Sybil? ¿Qué documentos o fotografías comprometedoras guardaba en sus archivos?

Desazonado, entró en el primer bar que le salió al paso y pidió una copa que despachó de un trago. Pensó en tomarse la segunda, pero desistió, porque sabía que el alcohol no resolvería sus problemas. Además, se le acababa de ocurrir una idea y quería ponerla en práctica con la menor tardanza posible.

Ya iría a ver a Hoppelt en otro momento.

* * *

Por fortuna, el conserje del edificio no era el mismo que estaba en la puerta en el momento de la muerte de Sybil. Claro que el suceso se había producido hacia las cinco y media de la tarde de la víspera, pero ahora eran las diez y parecía lógico que ahora estuviese el conserje de noche.

El hombre le miró cortésmente cuando se le acercó.

—¿Desea algo, señor?

—Sí —contestó Lasham—. Tengo entendido que hay un ático vacante. Me gustaría verlo y así podría estudiar la conveniencia de alquilarlo.

—Sin duda, se refiere usted al ático que ocupaba la señorita Share.

—Bueno, sé que hay un piso apartamento vacante en esa planta, pero, claro, ignoro el nombre del anterior inquilino.

—La señorita Share murió ayer. Se suicidó, tirándose desde el ático a la calle.

—¡Caramba, sí que he llegado en un momento oportuno! —dijo Lasham, fingiendo asombrarse por la noticia—. De todos modos, los muertos no me asustan, amigo.

Discretamente, sacó un billete de cincuenta dólares y lo puso en manos del conserje.

—Ya sé que no es una hora muy apropiada, pero mañana he de ver otros apartamentos y tendré un día muy ocupado. Creo que éste, sin embargo, es el que más me conviene...

—Yo no puedo abandonar mi puesto, señor, pero le dejaré la llave maestra.

—Es usted muy amable y le doy las gracias de corazón —sonrió el joven.

Minutos más tarde, encendía las luces del apartamento de Sybil, Franqueó el umbral. Un cierto sentimiento de pesar se apoderó de su ánimo. Poco más de veinticuatro horas antes, vivía allí una hermosa mujer, rebosante de vida... y ahora no era más que un montón de carne inerte en el refrigerador de la Morgue.

Durante unos maravillosos momentos, habían ardido de pasión. Luego...

Meneó la cabeza. Más valía no pensar en cosas tristes, se dijo. Había ido allí a algo más

que a examinar un apartamento que no pensaba alquilar en absoluto.

Entró en el dormitorio y lo contempló sin mucho interés. Allí no podía estar lo que buscaba. Junto a la cabecera de la cama, vio lo que parecía un cable conductor, pero no le prestó demasiada atención.

El apartamento había sido ventilado. Ya no había olores, no quedaba el menor rastro de la presencia de Sybil. Retrocedió y volvió a la sala que, en cierto modo, había sido también estudio y despacho de la difunta.

En uno de los ángulos había un armario, oculto tras una puerta de madera, decorada con falsos paneles de dibujo muy recargado. Abrió ! a puerta y contempló los dos únicos cajones metálicos que contenía aquel archivador.

La policía, se dijo, habría examinado el contenido del archivador, pero, a menos que hubiese encontrado datos sobre alguna persona reclamada por la justicia, habría dejado todo en su sitio.

Uno de los cajones contenía carpetas con fotografías y datos personales de mujeres jóvenes y hermosas todas ellas, así como sus direcciones y números de teléfono. Lasham empezó a pensar que Sybil no había abandonado por completo su antigua profesión de

intermediaria para la contratación de chicas que animasen cierta clase de reuniones.

En el otro cajón encontró muy pocas carpetas, todas ellas con datos sobre hombres. No todos eran jóvenes y bien parecidos; había algunos de mediana edad y hasta un par de auténticos viejos. Lasham supo así que muchas de las cosas que había afirmado Sylvia acerca de sus supuestas habilidades para fabricar «estrellas» masculinas no existían más que en su imaginación. Sus actividades como manager de artistas le parecieron más bien pobres.

De pronto, encontró la fotografía de un hombre joven y de agradable aspecto.

Era una fotografía muy antigua, ya que, por la fecha, pudo apreciar había sido hecha unos ocho años antes. El hombre aparentaba poco más de treinta y cinco años, tenía el pelo negro, peinado con una anticuada raya lateral y adornaba el labio superior con un fino bigotito.

Era un estilo más propio de los años treinta que no de principios del decenio de los años setenta, se dijo. El nombre del artista llamó especialmente su atención.

—Nevis Nayland —murmuró—. El esposo de Myrtle...

De repente, oyó un espantoso trueno.

Una fracción de segundo después, supo que el trueno había explotado en el interior de su cabeza, cuando sintió un agudísimo dolor que le traspasaba el cerebro de parte a parte. El rostro de Nayland se descompuso súbitamente en un millón de estrellas.

Greyó que Nayland se despedía de él, haciéndole señales con la mano. Pero, de pronto, el esposo de Myrtle desapareció en la oscuridad.

CAPITULO X

Dolly abrió la puerta del apartamento y se dirigió al dormitorio. Desde el lecho, recostado sobre unos almohadones, con la cabeza vendada. Lasham le dirigió una desvaída sonrisa.

—Gene, ¿qué te ha sucedido? —exclamó ella, muy asustada.

—Alguien trató de probar la resistencia de mi cráneo —respondió él—. Pero no empleó instrumentos médicos, sino una cosa dura y

pesada. Ignoro si la cosa que me golpeó está rota; mi cabeza, por fortuna, salvo el chichón, demostró ser de una dureza excepcional.

—¿Te atacaron? —dijo Dolly, atónita.

—Sí, en efecto.

—Te llamé por teléfono. Quería decirte algo, pero tú me contestaste que no te encontrabas muy bien... Decidí que debía venir a verte, por si necesitabas algo; como vives solo...

—Gracias, pero la asistenta ha estado ya y el apartamento está en orden. Hay café en la cocina, si te apetece una taza.

Dolly agarró una silla y se sentó junto a la mesa.

—Me apetece mucho más saber qué te ha pasado —dijo.

—

Bueno, después de que me separé de ti y de tu padre, estuve pensando en todo lo que ha sucedido hasta ahora. Ayer nos enteramos de la verdad del caso Nayland.

—Sí, es cierto.

—Sybil Share tenía una agencia de contratación de artistas. Incidentalmente, contrataba más chicas para diversión de los hombres que artistas.

—¿Cómo lo sabes?

—Eché un vistazo a su fichero. Por cada artista de su «cuadra», tiene «fichadas» a seis o siete chicas.

—Una profesión más bien repugnante, ¿no te parece?

—Sybil no es, era, la única que se dedica a este género de actividades. Pero vamos a lo que interesa. Ella estuvo en la fiesta de Hoppelt.

— Ya lo sabemos, Gene.

—Es de presumir que sea Nayland el autor de estas muertes, para vengar la de su esposa. Ella se mostró muy reticente cuando mencioné el caso. Se me ocurrió que quizá podía encontrar algo en su apartamento,

—Y... ¿encontraste alguna pista?

—Nevis Nayland fue representado por ella hará unos ocho años. Pude, incluso, ver su rostro en la fotografía que ella guardaba en el archivador.

—O, Gene, si eso es cierto, podríamos reconocerle fácilmente. Una persona no cambia tanto en ocho años —dijo Dolly.

—Es de suponer. Sin embargo, la principal dificultad con que contamos es que tenemos que enfrentarnos es que no conocemos el actual paradero de Nayland.

—Alguien lo sabrá, ¿no crees?

Lasham hizo un gesto de escepticismo.

—Si Nayland es el culpable, lo primero que habrá hecho son dos cosas: cambiar su aspecto y cambiarse de nombre.

—Es verdad —admitió ella, desanimada—. Ahora nos será imposible encontrarle. Y tú tienes razón: ha cambiado de nombre y de aspecto.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió el joven.

—He estado en la agencia que envió al *maître* a la fiesta de los Tremmen. No cabe duda, el *maître* es el asesino. Claro que yo no se lo dije, pero lo que pude averiguar confirmó nuestras suposiciones.

—En la agencia, supongo, le verían la cara...

—Alto, esbelto, unos cuarenta años, medio calvo, muy rubio y de ademanes refinados...

El nombre que dio es el de Stephen Darrow.

—Aspecto y nombre completamente falsos, pelo teñido, incluso pudo maquillarse el rostro para parece otro. Es una lástima que yo no pudiera examinar por completo la carpeta del archivador, con todos los datos de Nayland.

—El no te dio tiempo, supongo.

—Apenas si pude verle la cara un momento y leer el nombre que había al pie de la fotografía. En seguida, ¡«crac»!, el estacazo y a dormir.

—¿Sabes si se llevó la fotografía después de haberte atacado?

—Eso supongo, pero no puedo afirmarlo. Estuve sin sentido mucho rato, hasta que el conserje de noche, asustado, subió a ver lo que pasaba. Llamó a una ambulancia, me llevaron al hospital... Cuando estuve en condiciones, conté la misma historia que había contado al conserje: quería alquilar el apartamento. No insistieron más: luego, el médico me envió a casa y me ordenó cuarenta y ocho horas de reposo absoluto.

—Es extraño. La policía pudo sospechar que habías ido allí por otros motivos que alquilar el apartamento.

—¿Por qué? No dije a nadie que había estado con Sybil poco antes de su muerte.

Tampoco declararé nada después del suceso. Nadie tenía por qué objetar mi versión.

—

Bueno, al menos, no te ha pasado nada. Quiero decir, nada grave. No sabes cuánto me alegro. Gene.

—Gracias, Dolly. Eres un encanto. ¿Cuándo te casas?

—No tengo novio —contestó ella, sorprendida.

—¡Cómo! —exclamó él—. Yo pensé que estarías espantando a tus pretendientes como si fuesen moscas...

—Bueno, la verdad es que no causo indiferencia. Pero tampoco siento deseos de atarme tan pronto a un hombre.

—Sí, aún eres muy joven, casi una niña...

—¡Ya tengo veintiún años, Gene! —protestó la muchacha.

—Perdona, no te he llamado vieja, precisamente.

—Lo siento. ¿Quieres que te haga algo? ¿Te preparo la cena?

—No, gracias; aprovecharé para estar veinticuatro horas en ayudas. Me sentará bien.

Mañana te llamaré por teléfono.

—Cuando quieras, Gene.

Dolly se puso en pie.

—Por cierto —dijo Lasham—. ¿Cómo acabó la escena de la reconciliación?

Ella enrojeció vivamente.

—Me porté como una estúpida. Pero lo cierto es que cuando creí que papá podía estar

mezclado en ese horrible asunto, me sentí enferma, asqueada... Tú me entiendes,

¿verdad?

—

Dolly, suponiendo que tu padre hubiese tenido algo que ver con el caso Nayland,

¿no habrías sido capaz de perdonarle?

—Le habría hecho una pregunta: ¿Por qué no se presentó a declarar la verdad a la policía?

—Es cierto —murmuró él—. De todos modos, el caso Nayland no debe preocuparnos. Al menos, en ciertos aspectos. En otros...

—¿En otros, Gene...?

—Sabemos que un hombre se suicidó, vimos matarse a otro y yo presencié la muerte de una mujer, evidentemente suicidada también. Aparte de eso, vimos morir a un pintor fanfarrón y también ha sido asesinado un fotógrafo profesional. Esos son los aspectos que nos interesan, Dolly.

Ella sonrió.

—Sí, Gene. Pero, dime, ¿cuál es el próximo paso que piensas dar?

—Hablar con Hoppelt.

—¿Te importaría que yo asistiese a esa entrevista?

—Por supuesto que no, aunque tendrá que ser pasado mañana. Debo

seguir en reposo todavía veinticuatro horas más.

Dolly se puso en pie.

—Vendré a buscarte —prometió. De pronto, adoptó una actitud pensativa—. Se me está ocurriendo una idea —añadió.

—¿Buena? —sonrió Lasham.

—Papá conoce a un importante productor de cine. Es obvio que ese productor no conocerá a un actor sin importancia, que empezaba hace ocho o nueve años, pero quizá guarden datos suyos en su departamento de contratación. Quizá sepan algo, ¿no te parece?

—Podría dar resultado, en efecto —convino el joven.

Dolly agitó una mano.

—Cuídate mucho, Gene —se despidió.

Lasham se levantó dos días más tarde, completamente restablecido, si bien notaba todavía una cierta hinchazón en el lugar donde había recibido e; golpe. Había terminado de desayuna, aunque no se había levantado muy temprano, cuando sonó el teléfono.

Corrió a atender la llamada, creyendo que sería Dolly, pero recibió una enorme sorpresa al oír el nombre de una persona a la cual no esperaba hablar más en su vida.

—Señor Lasham, soy Granthorpe. Me gustaría muchísimo tener una entrevista con usted.

El joven se sorprendió de la inesperada petición.

—¿Puedo conocer los motivos? —preguntó.

—No hay inconveniente, en principio, aunque si le parece bien, luego podríamos concretar los detalles. Se trata de ampliar el espectáculo. Formo parte de la empresa y, en el aspecto artístico, suelo tomar decisiones que mis socios no objetan casi nunca. Para ser breves, se trata de reproducir ficticiamente, claro, el número de la suplantación del director de orquesta.

—¿Cómo? —dijo Lasham, estupefacto.

—Verá, recuerdo perfectamente el jolgorio que se organizó en aquel concierto. Uno de mis socios también estaban presentes y confiesa no

haberse reído tanto en su vida. Ahora podríamos reproducir aquella escena, con actores contratados y usted, naturalmente, en el papel del falso director de orquesta. Podrían introducirse algunas modificaciones que mejorarían el número y eso, estoy seguro, atraería más público a mi teatro.

—Bueno, la verdad es que me pilla usted completamente por sorpresa y no sé qué decirle. Aquello fue... espontáneo, hasta cierto punto, claro; pero repetirlo de nuevo y no sólo una vez, sino todas las noches... Francamente, no sé qué resultado podría dar...

—Le aseguro que sería un número de gran comodidad. El supuesto director auténtico aumentaría los efectos de su irritación... En fin, sería como representar una película cómica, de la época del cine mudo, pero a lo vivo, ¿me comprende?

—Señor Granthorpe, le confieso que no soy actor.

—Oh, no se necesitan grandes dotes. Además, yo le instruiría a usted, le entrenaría, por así decirlo... Oiga, ¿por qué no continuamos la entrevista en otro momento? Podríamos hablar personalmente, sin prisas; yo le ofrecería más detalles y usted podría tomar una decisión, tras conocer a fondo las ventajas y los inconvenientes. Le garantizo que las ventajas superarían con mucho a los inconvenientes.

Lasham torció el gesto.

—Está bien —contestó. No quería defraudar a un hombre que se había portado tan bien con él, después de un incidente que a otro le habría producido un verdadero ataque de furia. La proposición le halagaba en cierto modo, aunque, por otra parte, no le hacía demasiada gracia tener que divertir a la gente a diario y profesionalmente—. Pero hoy me será imposible acudir a la entrevista; tengo otros compromisos...

—Oh, no hay prisa alguna, hasta cierto punto, claro. ¿Le parece bien mañana, en mi camerino?

—Sí, desde luego.

—Después de la función. Venga por la puerta de artistas —aconsejó Granthorpe.

Lasham colgó el teléfono, sumamente pensativo. ¿Debía acudir a la entrevista?

En aquel momento, llamaron a la puerta.

CAPITULO XI

Dolly aparecía radiante, fresca como una rosa, encantadora con un vestido muy sencillo, pero que la hacía aparecer aún más hermosa de lo que era. El pelo intensamente negro, corto, los ojos azules y la sonrisa que lucía en su rostro dejaron a Lasham casi sin habla.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella—. ¿No tienes nada que decirme?

—Perdona, pero... Bien, es que me pareces otra...

—Soy la misma, Gene.

—Algo me sucede, Dolly. Debe de ser que te miro con otros ojos, seguramente.

Ella se ruborizó.

—Tus ojos no han cambiado —contestó.

—Tienes razón; tal vez soy yo el que ha cambiado. Bueno, hablemos de otra cosa...

¿Sabes que El Mago me ha propuesto trabajar en el Philibert?

—¿Hablas en serio, Gene?

—

Absolutamente. Quiere que repitamos el número del cambio de director de orquesta... Sinceramente, tendré que decirle que no: no estoy hecho para actuar en un escenario. Pero ya te daré luego más detalles. ¿Qué hay del productor de cine?

—Tengo la respuesta. Nayland trabajó algunos meses, en papeles sin importancia.

Aunque, desde luego, era preciso reconocerle un mérito singular: sabía disfrazarse como pocos.

—Eso podría explicar muchas cosas, ¿no crees?

—Así lo pienso yo. Bien, ¿vamos a hablar con Hoppelt?

—Cuando quieras.

Salieron a la calle. Lasham elevó la vista al cielo. Las nubes, gruesas,

plomizas, corrían oor el cielo, en un ambiente cálido y bochornoso.

—No sé por qué, pero me parece que vamos a tener tormenta —comentó.

—Es propio de la época: estamos en primavera —dijo Dolly.

Media hora más tarde, se encontraban en las oficinas de Hoppel. Una secretaria les atendió y escuchó su petición.

—Hablaré con él —dijo.

La empleada se retiró. Momentos después, volvió a salir corriendo, fue al botellón de agua que había en un rincón, llenó un vaso y entró de nuevo en el despacho de Hoppel.

Lasham y la muchacha cambiaron una mirada.

—¿Qué le pasará? —murmuró ella.

—Sospecho que nuestra visita no le ha sentado bien —contestó el joven.

—Pudiera ser...

La secretaria apareció al cabo de unos momentos.

—El señor Hoppel les ruega le dispensen, pero le es imposible recibirles en este momento. No obstante, está dispuesto a atender sus peticiones a partir de las seis de la tarde, en su residencia particular. —Entregó una tarjeta a Lasham—. Aquí tienen la dirección —agregó.

—¿Está indispuerto el señor Hoppel? —preguntó Dolly.

—No ha sido nada. Exceso de... trabajo —respondió la secretaria.

Lasham no pudo menos de advertir la vacilación de la mujer. Pero era una empleada fiel,

supuso, y no quería que los ajenos supieran que a su jefe le había sucedido algo.

—Muy bien, dígle que a las seis en punto estaremos en su casa —manifestó.

—Lo siento. Gene —dijo Dolly, cuando ya estaban en la calle—. Yo no podré ir. Tenemos invitados a cenar y quizá no llegaría a tiempo si te

acompañase. Papá me ha pedido que esté presente y, francamente, después de lo que sucedió el día del concierto, no me atrevo a decepcionarle.

—No te preocupes. Iré yo solo y te llamaré en cuanto sepa algo.

Ella le dirigió una mirada de simpatía.

—Podrías venir más tarde. A mi familia no le importaría, Gene.

—Lo intentaré, Dolly.

* * *

Caían gruesas gotas de lluvia cuando Lasham llegó a la residencia de Hoppelt. Una mujer de mediana edad le abrió la puerta.

—Señor Lasham, supongo —dijo.

—Sí, señora.

—El señor Hoppelt ha telefoneado, pidiéndole que le espere. Tendrá que quedarse solo; yo he de marcharme. He estado una hora más de lo corriente, precisamente aguardándole a usted...

Un relámpago brilló en el cielo plomizo. A los pocos momentos, llegó el trueno, retumbante, fragoroso.

—Me voy —dijo la mujer, evidentemente la sirvienta del dueño de la casa—. Tengo que darme prisa en llegar a la parada del autobús, antes de que el tiempo se ponga peor. En la cocina, encontrará café y, si quiere beber, en la sala hay servicio de licores. Adiós, señor Lasham.

La mujer terminó de ponerse los guantes, se ajustó el sombrerito, abrió el paraguas y echó a correr por el sendero que cruzaba el jardín, hasta la acera. Lasham sonrió, meneó la cabeza y cerró la puerta.

No tenía ganas de beber, de modo que fue a la cocina y se sirvió una taza de café. Había ya una oscuridad casi total, rasgada intermitentemente por los relámpagos. Los truenos hacían vibrar los cristales de la casa.

De repente, se desencadenó el diluvio.

Lasham miró a través de una de las ventanas. Caía una verdadera cortina de agua. Dudó de que Hoppelt pudiera llegar a su casa con aquel tiempo realmente infernal.

La fuerza de la lluvia amainó después de un rato, pero no cesó en absoluto y siguió cayendo incesantemente. No había muestras de que la tormenta fuese a disiparse.

El tiempo transcurrió lentamente. Lasham se dijo que no se marcharía de la casa, sin hablar con Hoppelt.

«Aunque tenga que pasar la noche aquí», pensó.

A las nueve de la noche, Hoppelt no había dado aún señales de vida. Seguía lloviendo. A veces, parecía que la lluvia iba a cesar, pero luego se reanudaba con más fuerza. Lasham empezó a preocuparse por la tardanza del dueño de la casa.

—No se habrá suicidado como los otros —gruñó.

Aburrido y hastiado, dio varias vueltas por la casa. Entró en un dormitorio y torció el gesto. ¿Qué pasaría si Hoppelt llegaba y le encontraba dormido?

Salió y regresó de nuevo una hora después. Consultó el reloj, furioso e impaciente.

Luego se tendió en la cama.

—Al diablo. Dormido se me pasará mejor el tiempo.

Los relámpagos y los truenos habían cesado, pero la lluvia seguía cayendo, ahora con rumorosa mansedumbre. Lasham se quedó dormido bruscamente, sin saber cómo había ocurrido.

* * *

—Mataste a Myrtle Nayland... Tienes que pagar tu culpa...

La voz sonaba dulce, suave, persuasiva. Penetraba insidiosamente hasta el fondo del cerebro del durmiente.

—Mataste a Myrtle Nayland. Tú también tienes que morir, pero serás tú quien ejecute esa sentencia de muerte... Te darás muerte por tu propia mano. En el despacho tienes un revólver. Cuando oigas la señal, apretarás el gatillo...

Lasham seguía dormido placenteramente. Y la voz no cesaba un solo instante:

—Mataste a Myrtle Nayland. Tienes que pagar tu culpa. Cuando oigas

la señal, te aplicarás a la sien el cañón de tu revólver y apretarás el gatillo... Apretarás... Apretarás el gatillo... Apretarás el gatillo... Tienes que suicidarte..., tienes que suicidarte..., tienes que suicidarte... Cuando oigas la señal... Cuando alguien te diga, por teléfono: «Yo maté a Myrle

Nayland y debo pagarlo», buscarás el revólver y te suicidarás..., te suicidarás...

El timbre del teléfono sonó bruscamente.

Lasham se levantó en el acto. Caminando como un autómatas, fue hacia el despacho privado de Hoppelt y abrió uno de los cajones.

El revólver estaba allí y lo empuñó sin la menor emoción en su rostro.

El teléfono seguía sonando. Levantó el auricular.

Una voz dijo:

—Yo maté a Myrtle Nayland y debo pagarlo.

El revólver se levantó lentamente hasta la sien del joven. Bruscamente, se oyó en la puerta un agudo grito de terror.

—¡Gene! ¿Qué estás haciendo?

La voz de Dolly obró como un revulsivo en el joven. Lasham parpadeó asombrado. Ella corrió a su encuentro, le quitó el arma y le miró a la cara.

—Gene, Gene, ¿qué te ocurre? ¡Contéstame, por lo que más quieras! ¿Por qué ibas a cometer esa locura?

Dolly se dio cuenta de que el joven no estaba en sus cabales. Fue a la cocina, llenó un vaso de agua, regresó a la sala y se lo tiró a la cara.

Lasham respingó.

—Dolly, ¿por qué demonios quieres darme un baño?

—Gene, ¿es que no recuerdas nada de lo que ha pasado? Tenías un revólver en la mano.

Ibas a suicidarte... Dios mío, no irás a decirme que tú también tomaste parte en aquella desgraciada reunión...

—Oh, claro que no —contestó él—. No sé bien lo que me ha sucedido. Escuché unas voces extrañas que me acusaban de ser culpable de la muerte de Myrtle Nayland. Me ordenaban quitarme la vida...

—¿Te narcotizaron?

—No, en absoluto.

Lasham frunció el ceño. Había tomado café poco de llegar y hasta las diez de la noche no se había tendido en la cama. Si el café hubiese contenido un narcótico, se dijo, se habría dormido mucho antes.

Entornó los ojos. De repente, dio media vuelta y echó a andar.

Dolly le siguió, llena de aprensiones. El joven llegó al dormitorio y, agachándose, miró un momento debajo de la cama. Luego se incorporó y volvió a acostarse.

—¿Es que te sientes mal, Gene? —preguntó ella, estupefacta.

—Aguarda un momento, por favor.

Transcurrieron algunos minutos. De repente, se oyó una suave voz en la estancia:

—Mataste a Myrtle Nayland... Tienes que pagarlo... Tienes que pagarlo...

Lasham se incorporó de un salto y la voz calló en el acto.

—Creo que tengo la solución —exclamó.

—¿De veras? —preguntó ella ansiosamente.

—Sí. Lo sabremos muy pronto, Dolly.

Lasham apartó la cama y dejó algo al descubierto. Dolly lanzó una exclamación de asombro.

—Increíble —dijo.

—Diabólico, es la calificación adecuada —manifestó él.

* * *

Craig Hoppelt abrió la puerta de su casa y se sacudió un poco el impermeable, antes de quitárselo en el vestíbulo. De pronto,

asombrado, vio a dos personas que le contemplaban en silencio.

—Ah, son ustedes... Perdonen, pero la tormenta me impidió llegar antes. —Frunció el ceño—. Son más de las once de la noche. ¿Cómo es que están todavía en mi casa?

—Tiene que darnos muchas explicaciones y nosotros también a usted —contestó Lasham—. Por favor, ¿quiere sentarse?

Hoppelt vaciló. Sus hombros se hundieron de pronto.

—Tenía que llegar, un día u otro —declaró—. Durante años, he estado sometido a un tormento como no pueden imaginarse. Casi me siento aliviado al ver que ya se sabe todo, y no me importa afrontar la acción de la justicia...

—La muerte de Myrtle Nayland se declaró como un accidente. Es cierto que han pasado diez años y que podría reabrirse el caso, pero no le encerrarían en la cárcel, aun suponiendo que hubiese sido usted mismo el que lanzó a Myrtle a la piscina. Son diez años,

repito, y podría considerarse como homicidio involuntario. El que la arrojó al agua no tenía intención de matarla, esto es evidente.

—Sí —confirmó Hoppelt—. Sólo queríamos divertirnos un poco...

—¿Fue usted? —preguntó Dolly.

—No. Gifford.

—Vinceton estaba presente y también Torelli. Sybil fue la que proporcionó las chicas —

dijo Lasham.

Hoppelt se sentó en el diván y apoyó la frente en una mano.

—A veces, he sentido la tentación de volarme la tapa de los sesos —confesó.

Lasham y la muchacha cambiaron una mirada de inteligencia. El joven dijo lentamente, con insidioso acento:

—Yo maté a Myrtle Nayland y debo pagarlo.

Hoppelt se levantó como impulsado por un resorte, corrió a la mesa y abrió el cajón donde tenía el revólver. Lasham, ya prevenido, le arrojó

a la cara el contenido de una jarra de agua.

El hombre se tambaleó. Lasham lo sostuvo por un brazo.

—Tranquilo, señor Hoppelt —dijo—. Todo ha pasado ya y no tiene nada que temer.

Venga conmigo; se lo explicaré todo. Dolly, ¿quieres traer un poco de café, por favor?

Añade unas gotas de brandy, le sentará bien.

Hoppelt parecía aturdido.

—¿Qué me ha ocurrido? Iba a suicidarme...

—Yo también estuve a punto de cometer un disparate semejante —sonrió Lasham—.

Mi suerte fue la que la señorita Hobbs, inquieta por mi tardanza y en vista de que no estaba en mi casa, vino a buscarme aquí. De otro modo, no lo podría contar ahora.

—Esto es fantástico, increíble... Parece como si alguien me hubiera ordenado suicidarme...

—Eso es exactamente lo que ha sucedido, señor Hoppelt —confirmó el joven.

Dolly llegó en aquel momento con el café. Hoppelt tomó unos sorbos y se sintió mejor.

Lasham le enseñó algo.

—Ya no oírás más voces por la noche —sonrió—. Si usted no le hizo hada a Myrtle, no tiene por qué sentir remordimientos de conciencia.

—A pesar de todo, nos comportamos como bestias...

—Aquello ya pasó. Si usted dice que ha sentido remordimientos durante estos diez años, ha purgado ya la poca parte de culpa que pueda caberle en aquel desdichado suceso. Pe-ro, repito: ya no oírás voces insidiosas durante su sueño.

CAPITULO XII

El teatro aparecía silencioso, con las luces exteriores apagadas. Al

verlo, Dolly se sintió terriblemente aprensiva.

—Tengo que hacerlo —contestó el joven resueltamente.

—En tal caso, deja que te acompañe...

—No —prohibió él con acento tajante—. Debo ir solo y no precisamente para suplantar de nuevo a Koppevitch.

—Pero, Gene...

—Dolly, no sé si lo sabes, pero si no, es hora de que te enteres: estoy acostumbrado a tratar con tipos peores que... que Nayland.

—¿Delincuentes?

—Se enfadarían si los llamas así. Personal de perforación de pozos petrolíferos. Se necesita una mano de hierro para dirigirlos, créeme.

De pronto, se inclinó hacia ella y la besó fuertemente.

—Espérame —ordenó en tono que no admitía réplica.

Resuelto, avanzó hacia la puerta de artistas.

Llegó al escenario. Solamente algunas luces alumbraban el interior del teatro. El silencio era absoluto. El silencio era total. Podía ver perfectamente la platea, porque el telón estaba levantado.

Lentamente, caminó unos pasos, hasta situarse en el centro del escenario. Vio las líneas que formaban el cuadrado del escotillón y, prudente, se situó a un lado.

—¡Bravo! —resonó una voz en alguna parte—. Veo que es usted listo, señor Lasham. Le tenía preparada ahí una pequeña trampa, pero ha sabido esquivarla antes de que le anunciara mis propósitos.

El escotillón se abrió de pronto. Una luz brilló en el fondo y Lasham, inclinándose, pudo ver a cuatro metros una tabla erizada de cuchillos.

—Eran de un fakir que actuaba hace tiempo con nosotros y que se marchó —dijo la voz.

—Parece como si le interesara quitarme de en medio —observó el joven.

—Eso es, precisamente, lo que voy a hacer, aunque debo decirle que

admiro su valor.

Sinceramente, no creí que acudiera a 1a cita. Vine más que nada por cumplir mi palabra, aunque no confiaba en que acudiese al encuentro. En su lugar, yo no hubiera venido.

—No, ¿eh? ¿Y qué habría hecho entonces?

—Acudir a la policía, naturalmente.

—Nevis Nayland, usted sabe que eso no puedo hacerlo. No hay pruebas de sus crímenes. O, por lo menos, costaría mucho demostrar que usted asesinó a Swearth y a Torelli personalmente de una forma mucho menos refinada que a Vinceton, Gifford y Sybil Sharpe.

—Bueno, si no me va a entregar a la policía, ¿qué piensa hacer?

—Al menos, quiero escucharle un poco. Después...

—Después, se lo pensaré, ¿verdad?

—Quizá le mate yo con mis propias manos. Ya encontraré la forma de probar que fue un accidente.

Lasham no tenía intenciones de hacer tal cosa, pero quería demostrar al asesino que

estaba dispuesto a luchar, si llegaba el caso.

—Es usted un hombre valiente. Lástima que tenga que desaparecer del mundo de los vivos.

—No venda la piel del oso antes de cazarlo, Nayland. Observaré que utilizo su nombre auténtico, el que usaba hace diez años, antes de llamarse Granthorpe y de convertirse en El Mago. Pero hay algo que me extraña y que no acabo de entender. Los dos sabemos, y los fingimientos son inútiles, que usted ha actuado por venganza hacia los que tuvieron parte en la muerte de su esposa. Eso ocurrió hace diez años. ¿Por qué ha esperado tanto?

—Yo también creí que se trataba de un accidente. Durante muchísimo tiempo, pensé que había ocurrido una desgracia imprevista, en una fiesta entre amigos. Hace cosa de un año, me enteré de la verdad completa del caso.

—Y entonces, decidió vengarse.

—Ha tenido ocasión de comprobarlo, ¿verdad?

—Una venganza muy sutil, a decir verdad, aunque no fue así en el caso de Torelli, y eso porque el pintor no tenía una residencia fija, en la cual aplicar la grabadora .que impartía ciertas malignas órdenes durante la noche y que se grababan en la mente de la víctima durante su sueño. La maquinita funcionaba cuando la víctima se acostaba y la presión de su cuerpo sobre la cama, establecía el contacto que la ponía en marcha al cabo de unos minutos, cuando ya había conciliado el sueño. Usted no podía hacer eso con Torelli, pero, en cambio, le preparó la trampa del bastón, que, a fin de cuentas, era un final digno de un hombre como el pintor.

—Sabe muchas cosas. Lasham. Repito mi admiración; es usted un hombre realmente listo.

—He tenido ocasión de pensar largamente en el asunto. Y también pude comprobar su diabólico ingenio. Para matar a sus víctimas, empleó el sistema de la hipnopedia, la enseñanza durante el sueño, sólo que no les enseñaba materias de estudio, sino que infiltraba en sus mentes la idea del autocastigo. Y eso, noche tras noche, hasta que creía llegado el momento de hacer la llamada telefónica, que era el factor desencadenante de la vindicativa. También yo admiro su ingenio, aunque fuese destinado a causar el mal.

—¿Cómo ha podido averiguarlo?

—Por experiencia personal. Incluso estuve a punto de suicidarme, cuando aguardaba a Hoppelt en su casa y me quedé dormido en su cama. Entonces fue cuando encontré la grabadora, idéntica a la que usted se llevó del apartamento de Sybil Sharpe, la noche en que me atacó, dejándome sin sentido. Pensé que no quería que viese el fichero de Sybil, pero estaba equivocado. Lo que quería era llevarse la grabadora que había inculcado en la mente de Sybil la idea de lanzarse a la calle, como inculcó en la Gifford la idea de arrojar al paso de un coche. Satanás debería ser discípulo suyo, Nayland.

Se oyó una estridente carcajada que parecía brotar de todos los rincones del teatro al mismo tiempo.

—Y, ¿no cree usted que todas esas personas merecían morir?

—Algún castigo sí merecían, aunque no la muerte. Lo que le ocurrió a su esposa fue una desgracia, pero en modo alguno una muerte premeditada.

—Para mí es lo mismo. Yo la adoraba, hubo momentos en que creí no podría vivir sin ella. Quienes la mataron, tenían que pagarlo.

—Y el que puede probar que usted es el asesino, también debe morir, ¿verdad? —dijo Lasham serenamente. Y a Swearth lo mató, porque tenía muchas fotografías suyas y con distintos disfraces en su archivo.

—He dudado mucho, pero he llegado a la conclusión de que no puedo permitirle que siga con vida, muchacho.

—¿Sabe, acaso, si, a pesar de todo he avisado antes a la policía?

—No lo ha hecho. Ya estaría aquí, en el teatro. Además, es una historia demasiado fantástica para ser creída en el primer momento. Más adelante, tal vez, pero ya no tendrá ocasión de repetirlo a nadie.

—Nayland, ¿por qué no se deja ver? Me da ;a impresión de estar hablando a las paredes...

Súbitamente, se vio surgir una espesa nube de humo blanco en la platea. Cuando el vapor se disipó, Lasham pudo ver a El Mago, sentado en una butaca de la segunda fila, ataviado con la indumentaria que había utilizado la noche del concierto y con su fisonomía habitual.

—Aquí me tiene, Lasham. No quiero que muera sin haberme visto antes.

El joven sonrió.

—Ocupa una butaca similar a la que tenía la noche del concierto, cuando miraba hacia un sitio donde estaba una hermosa muchacha, que se enojó con usted, le sacó la lengua y fue el origen del escándalo subsiguiente. Pero no la miraba a ella; miraba a Gifford, quien se hallaba inmediatamente detrás, un poco a la derecha y en línea con Koppevitch y usted. Dolly creyó que la mirada era dirigida a ella y Koppevitch creyó que los gestos de burla eran dirigidos hacia él. Una pequeña comedia de errores, ¿verdad?

—Sí, y ahí empezó una de las noches más divertidas de mi vida. Tanto es así, que llegué a creer que mis esfuerzos mentales no iban a dar resultados. Por fortuna, Gifford acabó tirándose a un coche, tal como le había ordenado durante varias noches seguidas.

Lasham enarcó las cejas.

—¡No irá a decirme que también sabe hipnotizar a la gente! —exclamó.

—Bueno, poseo ciertas facultades, capaces de actuar con determinados sujetos.

Gifford era altamente receptivo y no necesité utilizar la clave telefónica, para desencadenar en él un deseo de morir. Con los otros ya resulta diferente.

—En el caso de Sybil, estuvo a punto de fracasar, porque yo levanté el teléfono cuando la llamaba para activar su deseo de lanzarse a la calle. Luego, repitió la llamada, cuando yo había salido del apartamento y ella ejecutó Una orden que la condujo al asfalto, desde ochenta metros de altura.

—Era la peor de todas —dijo Nayland rabiosamente—. Engañó a mi esposa... «Es una fiesta entre amigos, nada de particular, cenar y divertirnos un poco...» Y luego resultó que la llevaba a una repugnante orgía...

Lasham captó el acento de furia que latía en la voz del artista. Aquel hombre, pensó, en lo referente a su esposa, estaba completamente loco.

Decidió desviar su imaginación.

—Lo que no he podido explicarme es cómo pudo colocar las grabadoras en unas casas en las que no podía tener entrada tan fácilmente —dijo.

—Oh, nunca falta un reparador de televisores o del teléfono, o un fontanero... —rió

Nayland.

—Es cierto, ya no me acordaba de que hace ocho o nueve años, usted tenía una gran facilidad para los disfraces. Lo probó cumplidamente en la fiesta de los Tremmen. ¿Quién iba a sospechar que aquel servicial *maître* era El Mago? Pero no llevaba su perilla.

Es postiza —aclaró Nayland.

—Ah, comprendo. Oiga, ¿cómo ha conseguido ese truco tan bonito de la aparición repentina en la platea?

—Hay una butaca preparada, con un mecanismo que produce la nube de humo. Se puede pasar a los sótanos desde esa butaca, tanto a la ida como a la vuelta. Pero, me parece, ya hemos hablado bastante. Le dije antes que le había preparado un par de trampas, para comprobar si su ingenio sigue plenamente activo. Ha esquivado una de ellas, aun antes de saberlo. Pero ignora cómo son las otras...

—Más me gustaría saber qué procedimiento va a emplear para matarme —dijo el joven.

—Lo sabrá en el momento apropiado. Oiga, ¿no le asusta saber que tiene suspendida sobre su cabeza la espada de Damocles?

Lasham presintió la inminencia de un peligro y saltó a un lado, justo en el instante en que algo caía de las alturas, silbando velozmente. La espada, un montante de fenomenales dimensiones, de los tiempos del rey Arturo, se clavó con seco sonido en la tablazón del escenario.

Al mismo tiempo, se oyó un sordo rebufo y una segunda nube de humo brotó en la platea. Cuando se disipó, Lasham vio que Nayland había desaparecido.

El artista conocía el teatro a la perfección. Podría moverse por todos los rincones sin la menor dificultad. Le atacaría desde un sitio imprevisto, sin que él pudiera prever de dónde provenía el golpe definitivo.

Por un momento, sintió la irresistible tentación de dar media vuelta y echar a correr, pero su orgullo y su amor propio le hicieron continuar en el escenario. De pronto, vio la espalda y asió la empuñadura. Podía resultar un arma excelente para defenderse.

Tiró con fuerza. La empuñadura quedó en sus manos y la hoja siguió clavada en las tablas.

Era un arma de guardarropía, aunque estuviese construida de metal. Con la inútil empuñadura en las manos, miró a todas partes.

Por encima de su cabeza, sonó una estruendosa carcajada. Lasham volvió a mirar a su alrededor y divisó un palo cilíndrico a pocos pasos de distancia.

Titubeó un momento. Podía ser una de las trampas que le había anunciado Nayland.

En aquel instante, oyó una especie de juramento. Luego sonó un

agudísimo chillido de terror.

El grito tuvo una duración cortísima, fracciones de segundo. Atónito, Lasham elevó la cabeza, en el momento en que una sombra oscura caía de las alturas.

La capa negra y roja revoloteó en el aire. La caída de Nayland fue detenida bruscamente por la cuerda que tenía en torno al cuello. El artista quedó a cuatro o cinco metros del suelo. Sus piernas se movían espasmódicamente, pero no los brazos.

Lasham comprendió que el asesino había muerto instantáneamente. Entonces oyó la voz de Dolly:

—¡Gene! ¡Gene!

—Quieta, no entres en el escenario —ordenó el joven.

Los movimientos de Nayland habían cesado ya. Su cuerpo giraba lentamente a derecha e izquierda y su cabeza torcida grotescamente a un lado. Asomaba un poco la lengua por los labios y un delgado hilo de sangre corría por su mentón.

* * *

—Quiso prepararme la última trampa, un lazo corredizo, que iba a lanzar desde los telares. En la pasarela en que se encontraba, había una tabla en malas condiciones y cedió bajo su peso, haciéndole caer hacia adelante. El mismo metió la cabeza en el lazo que había preparado. Al caer... bueno, fue como si hubiese sido ejecutado en una horca auténtica.

Dolly asintió, sentada en el pasillo de acceso al escenario. Policías de paisano y de uniforme iban y venían por todas partes.

Dos sanitarios se llevaron un bulto cubierto por una sábana blanca. Lasham miró casi compasivamente el cuerpo de un hombre que había sido capaz de idear las más refinadas venganzas.

—A esto se le llama justicia poética. El inculcó la idea de la muerte en las mentes de otras personas, pero no se imaginaba que iba a morir por la misma trampa que había preparado para mí —murmuró.

Días más tarde, Lasham cenó en casa de los Hobbs. Asistían también un matrimonio amigo de los padres de Dolly. El marido conocía al joven, aunque éste no le conocía a él.

—Después de cenar, muchacho, hablaremos de negocios —dijo el invitado—. Voy a contratarle para mi empresa. Sé el éxito que obtuvo para la Heenan Oil y necesito un hombre que sea buen prospector y excelente geólogo, como usted.

—Jerry —dijo el señor Hobbs—, mucho me temo que Gene no pueda aceptar tu proposición. Hay otra persona que ya le ha contratado antes que tú.

El invitado se sorprendió.

—¿Tú, Frank?

Hobbs sonrió, a la vez que señalaba a Dolly.

—Ella —contestó.

—Para toda la vida —añadió la muchacha.

—Dolly, un marido tiene que trabajar...

—También papá posee terrenos posiblemente ricos en petróleo y parte de esas tierras me pertenecen por herencia —contestó ella.

El invitado hizo un gesto de resignación.

—He llegado tarde —dijo—. Gene, sin embargo, ha llegado a tiempo.

—Muy oportunamente —rió Dolly.

* * *

—¿Tenemos que asistir de veras a esa fiesta? —preguntó Lasham a su joven esposa algunos meses más tarde.

—No hay más remedio. Papá y mamá tampoco querían ir, pero se han visto obligados a aceptar la invitación...

Lasham cerró los ojos. No le importaba la fiesta en sí, excepto por el hecho de que conocía a uno de los invitados. —Con tal de que no se organice otro semejante...

Después de la cena de gala, la anfitriona se dirigió a su distinguido auditorio y anunció que el famoso director Koppevitch iba a interpretar su última composición, *Concierto para piano, en si bemol, Op. 47*. Sonaron unos corteses aplausos.

Los invitados se acomodaron en un vasto salón, donde habían sido colocadas sillas en anfiteatro. Koppevitch agradeció los aplausos corteses que le dirigía su auditorio y, levantándose los faldones del frac con gesto lleno de pomposidad, se sentó ante el piano.

Sonaron los primeros compases. Las notas piano emergían en medio de un silencio religioso.

Súbitamente, cuando la atención del auditorio estaba más concentrado, se oyó un estridente chillido de dolor:

—¡Ay! —exclamó una dama.

—¿Qué te pasa Edna? —gritó el señor Hobbs.

—Frank..., me parece que ya viene...

Lasham se puso en pie. El doctor Lasham también estaba invitado y acudió corriendo.

—Llévenla a una habitación, pronto —ordenó—. Me parece que no vamos a tener tiempo siquiera para ir al hospital.

Lasham y su suegro transportaron a Edna en brazos. El escándalo era mayúsculo.

Koppevitch había dejado de tocar el piano y permanecía inmóvil, rígido como una estatua, delante del instrumento.

Dolly corrió también detrás de aquella pequeña pero agitada procesión. La anfitriona se sentía exultante de júbilo.

—El niño va a nacer en mi casa...

Lasham sonrió después, mientras pasaba el brazo en torno al talle de su esposa.

—Todo irá bien, ya lo verás —dijo.

En aquel momento, vieron al mayordomo que cruzaba la sala con gran solemnidad, llevando algo sobre una enorme bandeja.

Lasham parpadeó, atónito.

—¿Qué diablos...?

El mayordomo se detuvo junto al concertista. Koppevitch se puso en

pie, agarró el hacha que le habían servido y, con fría determinación, empezó a hacer astillas el piano.

El mayordomo permaneció inmutable, sin hacer el menor gesto de sorpresa, como si todos los días un invitado destrozase un piano a hachazos.

Lasham empujó suavemente a ¡a muchacha.

—Vámonos antes de que nos vea —susurró.

Emprendieron una discreta retirada. Luego, varios hombres sujetaron al enloquecido músico y se lo llevaron fuera de la casa.

Minutos más tarde, se oyó el llanto de un niño. Dolly quiso sonreír, pero, de pronto, sintió un ligero vértigo.

—Gene, creo que muy pronto tendré que utilizar yo también los servicios del doctor Lasham —sonrió.

F I N